

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

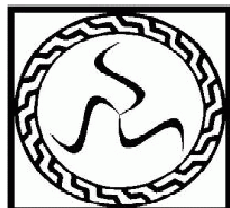
http://ar.geocities.com/e_ditores



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://ar.geocities.com/dagomar>



ESN 52130-061112-969261-75



Contenido

Editorial.....	3
<i>Lucía tomó mi mano y fui feliz</i> (MARTÍN CAGLIANI)	5
<i>Ashegnemé</i> (SUE GIACOMAN VARGAS)	11
<i>El Soldado Desconocido</i> (MIGUEL Á. LÓPEZ MUÑOZ)	22
<i>Por las malas</i> (DAVID MOÑINO BERMEJO).....	27
<i>La Cantadora</i> (PAULA SALMOIRAGHI)	37
<i>Ajusten los controles</i> <i>para el corazón del Sol</i> (FERNANDO BONSEMBIANTE).....	41
<i>Lecciones de guerra</i> (ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ).....	52

NM

es una publicación de distribución gratuita,
sin fines de lucro, dedicada a la difusión
de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem
y los autores conservan la totalidad de los derechos
sobre sus obras.

Dirección y grafismo:

SANTIAGO OVIEDO

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór**
revistanm@yahoo.com.ar / http://ar.geocities.com/e_ditores

ESN 52130-061112-969261-75

Se agradece por haber tomado parte en este número a
ADRIÁN ESCUDERO, RICARDO GIORNO, LUIS PESTARINI y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:

Luna y supernova sobre isla con campo de fuerza
(variación sobre una fotografía de EDUARDO MARTÍNEZ)

Soriano vio en la mujer miles de rostros desfigurados por el terror, suplicantes, bañados en lágrimas y sangre. Cada persona que tuvo que matar —ya sea por órdenes o por el solo placer de hacerlo— fue transfigurándose en la cara de la mujer. Sin pensarlo le entregó su arma.

A unos cuantos metros, el resto de la compañía se acercaba con sigilo. Después de las primeras ráfagas no habían escuchado ni un solo ruido.

—Seguro, tienen a Soriano —dijo el capitán Pérez—. Entraremos con cuidado. —Luego les hizo señas con las manos para que avanzaran.

En el interior, un disparo hizo retembar las paredes. Los soldados corrieron desesperados hacia la iglesia. Al centro se encontraba Soriano, hincado frente a la bomba sin detonar. Se había volado los sesos. No encontraron a nadie más.

© ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ, 2006



ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ (Jalacingo —Veracruz—, México, 1970)

Reside desde hace dieciocho años en la isla de Cozumel. Es miembro de los talleres de CF, fantasía y terror, "Taller 7" y "Los Forjadores". Publicó en **Axxón** y, mientras se lo seleccionaba para este número de **NM**, estaba por hacerlo en **Alfa Eridiani**, **NGC3660**, **Miasma** y **Tierras de Acero**.

Su género favorito —como se puede apreciar en este cuento— es el de terror.

jugaba al soldado con sus amigos del orfanato. Sus padres habían muerto en una de las tantas guerras del pasado. Cientos de niños como él vivían a la espera de encontrar un hogar. A él, nadie lo eligió. Cuando cumplió quince años, pidió que lo inscribieran en la Academia Militar del Estado. Ahí se graduó a los dieciocho con todos los honores. Fue enviado de inmediato a la guerra. Rechazó el rango de capitán. Él quería ser un soldado raso para siempre. No necesitaba barras ni estrellas. Nunca aceptó ni una sola medalla. Su única satisfacción era ver la cara de terror de sus enemigos.

Muerte. Había visto su rostro tantas veces... Se preguntaba si algún día se dignaría a venir por él y llevarlo a un lugar mejor. Estaba cansado de ser su intermediario. De hacer su trabajo.

Las imágenes de dolor seguían bailando en su memoria cuando tuvo la puerta de la iglesia frente a él. La tiró de un sólido puntapié. Se formó una enorme cortina de polvo que inundó sus ojos. Ráfagas de balas salieron de su rifle en todas direcciones. Ningún disparo de respuesta. Cuando recuperó la visibilidad, esperó encontrarse con un lugar repleto de enemigos. Grande fue su sorpresa hallarlo vacío por completo, o eso era lo que parecía.

En medio de la iglesia había un gran agujero en uno de los domos. En el suelo había una bomba que por algún milagro no se activó. Soriano se acercó hacia la ojiva con cautela. De reojo observaba al Cristo que colgaba sobre una de las pare-

des. Un silencio fuera de lo normal inundaba el lugar.

Cuando se acercó lo suficiente, un ruido extraño le llamó la atención. Alguien se quejaba. Apuntó su arma hacia el lugar de donde salían aquellos susurros de dolor.

El artefacto se encontraba encima de una mujer a la que dividía por la mitad. No se movía, no había sangre, excepto el pequeño hilo que le resbalaba por la frente. Soriano se quedó petrificado cuando, al acercarse a la dama, ésta abrió sus ojos de improviso.

—¿Necesitas ayuda? —dijo ella, con una voz que le congeló la sangre.

Él no entendía qué le estaba sucediendo. Por primera vez en su vida se sentía aterrado.

—Yo no requiero nada de ti; ¿no te das cuenta de que pronto vas a morir? —dijo consternado.

—Puedo acabar con tu sufrimiento —dijo la mujer.

—No entiendo... —balbuceó Soriano.

—Claro que entiendes. ¿No venías a eso?

—No estoy de humor para bromas. ¿Qué tal si te vuelo la cabeza?

—Llevas días enteros pensando en mí. Te he visto arrebatar la vida a miles de inocentes y al mismo tiempo desear que alguien te quite la tuya.

—¿Qué está diciendo? ¡Usted no sabe nada de mí! —gritó Soriano.

—Sé muchas cosas de ti. ¿Qué ya no me reconoces? —dijo ella—. ¿A pesar de que siempre he estado junto a ti?

Por algunos instantes, pareció como si todo el proyecto fuera a fracasar. El número 2 estaba terminado y el 3 estaba muy adelantado cuando la computadora dijo "basta". Por fortuna, fue posible recuperar todo el material.

La intensa participación de los escritores y la respuesta de los lectores, por otra parte, determinaron que —a grandes males, grandes remedios— la resolución de comprar un nuevo equipo resultara menos difícil.

Resulta apropiado —también— aprovechar este espacio para agradecer a todos aquellos que expresaron su interés por el desarrollo de la revista, a los que efectuaron sugerencias desinteresadas y a los que se limitaron a acercar —lo que no es poca cosa— su enhorabuena.

Este nuevo ejemplar de **NM** tiene dos características principales: todos los escritores son debutantes en la revista y en su mayoría son extranjeros. Algunos publican por primera vez y otros lo hicieron poco después de que se les hubiera seleccionado un cuento.

El de CAGLIANI fue la primera colaboración recibida para este número. JUÁREZ HERNÁNDEZ fue el primer mexicano en mandar un relato; LÓPEZ MUÑOZ, el primer español. GIACOMAN VARGAS resultó ser la primera mujer en **NM**. Los siguientes autores permitieron que ninguno de ellos fuera el único y que esta entrega pudiera mantener el nivel deseado.

Fantasía, ciencia ficción en sentido estricto y general, leves matices de terror en algunos de los relatos, se conjugan para formar un número que hubiera querido llegar a obtener para la antigua **Nuevomundo**, y estoy seguro de que a CROCI también le hubiera gustado.

Desde todo punto de vista, es innegable la versatilidad que ofrece el correo electrónico, que hace que escritores de otras nacionalidades estén al alcance de la punta de los dedos.

Es por todo eso que a partir de 2007 **NM** será de aparición trimestral. Cada 1º de febrero, de mayo, de agosto y de noviembre un nuevo número estará disponible en línea, buscando presentar nuevos escritores, mostrando la nueva producción de los ya conocidos y rescatando del olvido alguna pequeña joya.

A cada instante surgen más personas que se animan no sólo a escribir, sino también a ofrecer sus cuentos para la publicación, arriesgándose a

recibir las “despiadadas” críticas de los editores. A cada instante aparecen más aficionados ávidos de material nuevo, de publicaciones cada vez más frecuentes.

En la medida en que otros autores hispanoamericanos colaboren en **NM** y los del interior de la Argentina ayuden a demostrar que no sólo se escribe en Buenos Aires, la publicación irá cumpliendo con su objetivo, acompañando en el esfuerzo a las otras revistas hermanas.

El tiempo dirá, oportunamente, si todo esto sirvió para algo. Sin embargo, quienes lo estamos haciendo, sabemos que puede ser cualquier cosa, menos poco interesante (y, además, a veces hasta es divertido).

SANTIAGO OVIEDO



cado una oreja. Ya había perdido un ojo. Tenía tantas cicatrices en el cuerpo que parecía estar cosido como pelota de béisbol. Las que tenía en el alma jamás sanarían.

No sentía ningún arrepentimiento cuando con el rifle acribillaba a sus enemigos. Cuando tenía que rematarlos con la filosa bayoneta o con sus propias manos. No dudaba ni un solo instante a la hora de matar. Era una auténtica máquina de guerra. Sus mismos compañeros le temían. Muy pocos eran los que se le acercaban o entablaban una conversación con él. Tenía la fama de ser una persona cruel, sin corazón. Hasta se dudaba que siquiera tuviera alma.

Se encontraban reunidos en lo que quedaba de la plaza principal. El capitán Pérez recitaba las últimas instrucciones antes de que se internaran en las heladas calles de la ciudad destruida.

—Soriano irá al frente. Los demás lo seguiremos a una distancia prudente. Quizá nos encontremos con francotiradores —dijo Pérez intranquilo.

—No se preocupe, mi capitán; yo me haré cargo de ellos —dijo Soriano, con una frialdad en su mirada que a los nuevos reclutas les puso la piel de gallina.

—Oigan todos muy bien. Su misión es recorrer la ciudad, asegurar el cuartel del enemigo y matar a todos los que encuentren. No tomaremos prisioneros —vociferó Pérez.

Caminaron por la calle principal. No hallaron a nadie con vida; sólo restos

esparcidos por todas partes, pedazos de masa encefálica hasta en las paredes. Cuerpos de adultos y de niños. Algunos estaban abrazados, con las manos crispadas alrededor de sus cuellos. En sus caras se reflejaba la crueldad sin límites a la que puede llegar el ser humano. Por momentos Soriano se agachaba y recogía dientes de oro o cualquier cosa de valor. No había rastros del enemigo.

—Mi capitán, creo que los muy cobardes abandonaron la ciudad. Dejaron a los civiles y se largaron sin usar ni una sola bala —dijo uno de los jóvenes soldados.

—No canten victoria antes de tiempo. Podría tratarse de una trampa —dijo Pérez con voz cansada—. Descansaremos en aquel edificio al final de la calle.

Cuando estaban a punto de llegar al lugar donde reposarían, se encontraron con una gran sorpresa. Al final de la calle, en medio de dos edificios destruidos y en llamas, estaba una iglesia intacta, al parecer sin un solo rasguño. Todos quedaron paralizados excepto Soriano, que no dudo ni un momento. Se abalanzó sobre ella como un perro de caza.

—¡Espere, no corra! ¡No sabemos que hay dentro! —gritó Pérez.

El despiadado soldado no escuchó. Más bien, no quiso escuchar a nadie. Dejó a todos atrás. Ninguno reaccionó a tiempo para detenerlo. Nadie tuvo el valor para seguirlo.

Mientras corría, en su mente danzaban recuerdos de su niñez. Cuando

LECCIONES DE GUERRA

ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ

Las tropas habían entrado un día después del bombardeo; las órdenes habían sido que se arrasara la ciudad. Miles de proyectiles se habían dejado caer durante toda la noche. En la ciudad quedaban pocos edificios de pie. Había incendios por todas partes; el olor a carne quemada inundaba el ambiente. Les pagaron con la misma moneda. Sólo que ellos no cometerían el error de dejarlos con vida.

Meses atrás, ellos habían sido atacados de igual manera. La defensa aguantó lo suficiente para repelelos. Aun así, miles de inocentes habían perdido la vida durante la persistente lluvia de explosivos.

El capitán Pérez había sido el designado para dirigir el contingente. Fue muy difícil la elección de la compañía. La mayoría de los soldados eran jóvenes sin experiencia. Muchos de ellos apenas habían sido enviados al frente de batalla. No estaban preparados para los horrores que enfrentarían. Justo cuando estaba por terminar el reclutamiento para la mi-

sión, vio a Soriano sentado, cabizbajo, con la mirada clavada en su rifle de asalto. Reconoció aquella figura triste, moldeada por las batallas. Se acercó para poder hablarle. No le sorprendió verlo charlar en voz baja con su arma.

—Soldado Soriano, no lo había visto —dijo el capitán extendiéndole la mano.

—Disculpe usted, mi capitán —dijo Soriano saludándolo de pie, para luego ponerse en la posición de firmes—. Estaba limpiando mi... arma y no me di cuenta de su presencia.

—Le tengo una importante misión. Por su intachable historial, sé que no me fallará. La patria sabrá recompensarlo. Es usted un ejemplo para los demás soldados —dijo el capitán, solemne.

—Usted dirá, mi capitán. ¿A cuántos debo de matar? —dijo, torciendo la boca como queriendo sonreír.

El soldado Soriano ya había peleado en dos cruentas guerras. Las esquiras de las granadas le habían arran-

LUCÍA TOMÓ MI MANO Y FUI FELIZ

MARTÍN CAGLIANI

*A Lucía.
Siempre te voy a recordar.*

La lluvia caía con gotas gruesas sobre la porqueriza. Antonio estaba sentado en la tranquera. Vestía un sobretodo azul, impermeable. Cubría su cabeza con un sombrero de paja tan agujereado que lo protegía poco y nada del agua. Aspiró con lentitud.

—Ah, el perfume de los cerdos —dijo con los ojos cerrados, y sonrió.

—El tufo —acotó Lucio sonriendo; miraba desde atrás, de pie en el camino que unía la porqueriza con la casa de la granja.

Lucio era un pequeño de seis años, morocho, de facciones tan bellas y suaves que hacían suspirar a quien lo miraba. Vestía un sobretodo igual al de Antonio.

—No sabes nada de la vida, Lucio —respondió Antonio riendo al tiempo que saltaba al barro de la porqueriza. Siempre bromeaban sobre el olor de los chanchos.

Los cerdos ni se inmutaron. Estaban recostados uno junto al otro, para concentrar el calor ante la lluvia helada. Antonio se acercó a ellos a

paso lento. Acarició la cabeza de la cerda mayor.

Sus seis chanchas sufrían el nuevo mal que estaba aquejando a los animales del valle. El viejo Pedro había perdido sus doce vacas. A su vecina, la viuda Ifigenia, sólo le había quedado un gallo. Y así todos los vecinos del valle Santa Lucía.

Antonio era el único al que le habían durado tanto los animales. Él se alentaba a sí mismo pensando que sus chanchas habían resistido por el amor con que las trataba. Amaba a sus cerdos; amaba ser un porquerizo.

Antes de tener a Lucio, nadie quería sentarse junto a él en la taberna, y siempre lo saludaban de lejos, por el tufo que desprendía, que él se afanaba en llamar perfume. Pero eso a Antonio no le molestaba. Nunca se había llevado bien con la gente, y al morir su padre había quedado solo. Así había vivido por seis años hasta que la providencia, como él gustaba decir, le llevó una criatura hasta su puerta.

Antonio tenía treinta años por aquellos días, exactamente seis años atrás. También había sido un día de lluvia. Alguien había golpeado a su puerta, pero él había tardado en ir a atender. Siempre demoraba en hacerlo, para darle tiempo de irse, a quien fuera, así no estaría obligado a hablar. Pero esa mañana no se encontró con algún vecino que quería comprar un lechón, o queso de cerdo, sino que a sus pies encontró a un bebé tan envuelto en mantas que no se le veía nada del cuerpo; sólo se escuchaba su llanto. Lo entró enseguida y sin decirle a nadie decidió criarlo.

En el pueblo se habían enterado al poco tiempo, y todos se habían alegrado por Antonio, así ya no estaría solo.

Las matronas iban cada tanto a visitarlo y le cuidaban el bebé mientras él trabajaba en la porqueriza. Y cuando su vecina la viuda Ifigenia perdió a su marido por la cox de una mula, fue ella quien se encargó del cuidado del bebé. A Antonio le gustaba que cuidaran al pequeño Lucio cuando él no estaba, pero en cuanto el niño aprendió a caminar comenzó a llevarlo con él. Primero por cortos periodos, pero ahora que tenía seis años lo tenía con él todo el tiempo.

En el valle Santa Lucía nunca habían festejado los cumpleaños. Nadie sabía la fecha en que había nacido, porque a nadie le importaba llevar esa cuenta. Pero la fecha en que había llegado Lucio al valle era recordada por todos: el seis de julio.

En un comienzo el niño había sido una alegría para Antonio, y pronto se había convertido en la alegría de todo el pueblo. Tenía una cualidad que hacía que cualquiera que estuviese a su lado exudase felicidad. Nadie sabía explicar por qué se sentía así junto a él, pero así era. Por lo que todos los años festejaban la llegada de Lucio al valle.

“Hoy es seis de julio”, pensó Antonio mientras acariciaba a la chancha. Él no solía organizar nada, ya que siempre cerca del mediodía comenzaban a llegar las matronas a su granja y armaban todo. Luego llegaban los demás, trayendo sillas, cubiertos, comidas, bebidas y postres. La fiesta solía durar dos días.

Esa mañana Antonio se había preguntado si esta vez vendría alguien a festejar. Nadie tenía animales para sacrificar, ni nada para intercambiar con la aldea vecina del valle Santa María. Por eso acarició la cabeza de su chancha mayor. Una lágrima se le escurrió por la mejilla mezclándose con el agua de lluvia, que no dejaba de pasar a través de su sombrero roto. Debería sacrificarla para la fiesta.

Lucio lo miraba desde la cerca.

—¡Papá! La viuda Ifigenia ya llegó, y parece que trae algo.

Antonio se puso de pie y miró hacia la casa, que estaba a unos cien pasos. Efectivamente la viuda caminaba bajo la lluvia y llevaba un paquete grande contra su pecho. La vio entrar a la casa y sintió mucha curiosidad por saber qué era lo que había traído. Caminó hacia la cerca, y alcanzó a ver cómo bajaban dos

Lo comprobaron en poco tiempo, cuando la *Exeter III* fue puesta dentro de la nave extragaláctica, y cientos de extrañísimas criaturas, que desafiarían toda descripción, los ob-

servaron como si fueran animales de zoológico.

© FERNANDO BONSEMBIANTE, 2006



FERNANDO BONSEMBIANTE
(Castelar —Buenos Aires—, Argentina, 1966)

A mediados de los 80 integró el CACyF y participó en diversas revistas literarias de ciencia ficción.

Colaboró como columnista de revistas de computación y fue editor de la revista **Virus Report**. Escribió notas de divulgación científica en el suplemento “Futuro”, del diario *Página 12*.

Junto con la escritora y periodista RAQUEL ROBERTI, publicó el libro *Llaneros Solitarios, Hackers de la Guerrilla Informática*, de Espasa-Calpe. Organizó el Primer Congreso de *Hackers* de Latinoamérica en la ciudad de Buenos Aires, condujo programas radiales y veladas literarias.

Publicó los libros de cuentos *La tardecita de los dioses* y *Una visita al Dios del Fuego*.

sados de su nave, todos chocaron contra la superficie de la *Exeter III*.

Entrar fue tremendamente fácil. No había nada que les impidiera el paso. Fueron hacia la sala de observación y ahí lo vieron.

Algo en forma de huevo, brillante, fosforescente, del tamaño de una persona, que parecía estar vigilando la construcción de sus subordinados. En la nave no se advertía otra actividad. Se acercaron sigilosamente; parecía muy fácil destruir a ese ser extraño, retomar el control de la nave, luego destruir las antenas, salvar a la humanidad...

Lo próximo que recordaban era que seguían en la sala de observación. Ahora estaba llena de comida, bebida, muebles y objetos diversos; todo totalmente desordenado. El huevo extraño seguía ahí. Atrás de un vidrio que resultó impenetrable. Era una superficie diamantina transparente; no había forma de romperla o afectarla.

Eran prisioneros, pero estaban en una jaula de diamante, en posición de observar los movimientos de los robotitos. No sabían cuánto tiempo habían estado inconscientes, pero despertaron justo para ver cómo salía una cápsula desde la nave, hacia la órbita donde apuntaban las antenas.

El ser extraño los había provisto con computadoras con acceso a todos los sistemas de rastreo de la nave, a todas las antenas de telemetría y telescopios remotos. Se notaba que quería que vieran todo lo que estaba pasando. Había jugado con ellos

“como juega el gato maula con el mísero ratón”. En vez de ser los salvadores de la humanidad, ahora entendían, serían embajadores; como los extraños no iban a preocuparse por explicarles lo que estaban haciendo, por lo menos les daban las herramientas para que observaran lo que estaba pasando.

Vieron, así, cómo la cápsula llegó a una órbita estable, donde las fuerzas gravitatorias estaban balanceadas. En ese momento las antenas empezaron a emitir energía dirigida hacia ese punto. Al principio no pasaba nada, pero —luego de unos días del tratamiento— empezó a crecer un círculo cada vez más grande, lleno de una radiación totalmente desconocida para la humanidad. Cuando el círculo llegó a varios cientos de kilómetros de diámetro, se estabilizó.

La cantidad de energía que habían utilizado era tan grande que la única conclusión a la que podían llegar fue que estaban abriendo un agujero en el espacio-tiempo. Tal presunción quedó confirmada cuando vieron salir una nave de diseño extraño del “agujero”.

Era bastante evidente. Estaban haciendo un túnel entre dos lugares distantes. Quizá alcanzaba hasta fuera de nuestra galaxia y estaban presenciando la llegada de la primera nave tripulada desde otro sistema solar. El huevo, pensaban, no era otra cosa que una sonda robotizada que podría aguantar la tardanza, o las condiciones extremas del viaje. Sólo ahora estaban llegando los verdaderos alienígenas.

matronas por la colina. Iban ambas vestidas con impermeables amarillos. “Las gemelas Gambide”, pensó. También llevaban cada una un gran paquete contra su pecho.

—Vamos a ver que se traen esas viejas entre manos, Lucito —dijo, al tiempo que saltaba la tranquera.

Tomó la mano de Lucio y ambos caminaron bajo la lluvia hacia la casa. Llegaron antes que las gemelas Gambide. Antonio las esperó bajo el alero, pero Lucio entró en la casa. Se escuchó el grito de alegría de la viuda Ifigenia al ver al niño. Le cantó el cumpleaños feliz que terminó justo cuando llegaban las dos ancianas junto a Antonio.

—Don Antonio, ¿cómo dice que le va? —dijeron al unísono, y sin esperar la respuesta preguntaron—: ¿Dónde está el agasajado?

—Me va bien, digo. Lucito está adentro. ¿Qué traen ahí entre manos?

Las ancianas respondieron mientras entraban a la casa.

—Sorpresa, don Antonio, sorpresa.

Antonio miró hacia la porqueriza. No paraba de llover sobre sus cerdos. Era una lluvia pesada y fría que estaba azotando al valle desde hacía seis días.

El viejo don Miguel, que según las apuestas en la taberna había pasado ya los cien inviernos, solía relatar una leyenda cada seis de julio. Nunca antes de la llegada de Lucio la había contado, y tampoco lo hacía otro día que no fuese en el aniversario de su llegada.

Solía decir que antaño en el valle no había seres humanos viviendo en él. Sino que sólo lo habitaban las piedras. Decía que un hombre santo había llevado a los humanos sobrevivientes de una catástrofe hacia el valle Santa Lucía. Era el lugar más fértil de todo el mundo, decía ese hombre santo. Y a partir de esas pocas personas que habían sobrevivido a la calamidad se habían ido habitando los valles vecinos, hasta poblar todos los Seis Valles. Pero contaba la leyenda, también, que ese hombre santo se había ido a los tres días de haber llegado, y había dejado a su madre para que guiara al pueblo con su sabiduría. Su madre era Lucía, en honor a quien se había apodado el lugar.

Antonio no creía mucho en esa leyenda. Los ancianos de los Seis Valles recordaban que sus abuelos les habían contado que el hombre había vivido siempre en esa zona. Allí los había creado Dios, decían. Antonio prefería creer eso.

Pero según el anciano la leyenda era muy antigua. El final de la leyenda eran pocos los que lo conocían, ya que no solían prestarle atención al viejo luego de las primeras palabras. Sólo los niños se quedaban hasta el final, y de los niños sólo Lucio lo recordaba, pero nunca había comprendido lo que contaba don Miguel.

—¡Don Antonio! Cómo llueve, ¿eh? —dijo la matrona Cecilia, sacando a Antonio de sus pensamientos.

Él en vez de responder clavó sus ojos en el bulto que llevaba la anciana apretado contra el pecho.

—Buenos días, doña Cecilia —dijo, al ver que la anciana esperaba una respuesta—. ¿Qué lleva ahí?

Ella rió por lo bajo y entró a la casa sin responder. Se escucharon sus gritos de alegría al ver a Lucio, y las risas de él, seguro debidas a las cosquillas que le hacía la anciana.

Antonio sabía muy bien que no debía entrar en la casa mientras las mujeres cocinaban, pero la curiosidad lo carcomía. Iba a entrar cuando alguien lo tomó del brazo con fuerza. Era el viejo don Miguel.

—¿Qué dice, don Miguel? —le dijo, estrechando su mano.

El viejo se quedó mirando fijo e inmóvil. Era un hombre alto y derecho; no iba encorvado como los otros ancianos del valle. Tenía abundante cabello blanco, y siempre llevaba una barba rala. Había perdido a su esposa hacía dieciocho años, y sus dos hijos se habían ido a vivir al valle vecino de Santa María. La enfermedad que había arruinado a los vecinos de Santa Lucía no lo afectó a él, único agricultor del valle, y el que tenía más tierras.

—Está ocurriendo, ¿lo vio, don Antonio? ¿Dónde está ese niño? —dijo don Miguel.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Antonio.

Lucio pegó su cara contra la puerta mosquitero.

—¡Lucio! —gritó el anciano, y dibujó una sonrisa repleta de dientes amarillos y fuertes.

El niño salió de la casa sonriendo y abrazó al viejo.

—Lucio, ¿qué te cuento yo todos los años? ¿Eh? Eres el único que

me escucha. Está ocurriendo, ¿has visto?

Lucio asintió con la cabeza, sonriendo.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Antonio mirando a Lucio.

Lucio lo tomó de la mano y fueron a la esquina de la casa, donde la galería se ensanchaba. Don Miguel entró a ayudar a las matronas.

—¿Qué pasa, Lucito? ¿De qué habla el viejo, y qué trajeron esas cuatro viejas?

Lucio no hablaba mucho. Le mostró todos sus dientes en una sonrisa que Antonio creyó que era lo más hermoso que había visto jamás. Se olvidó de sus dudas.

—Vamos a ver cómo siguen las chanchas hasta que esté la comida —dijo. Lucio se puso la capucha, Antonio el sombrero, y caminaron bajo la lluvia—. Ese viejo don Miguel es el más rico del valle y no fue capaz de traer algo para comer.

Antonio pensó que tenía alguna duda dando vueltas, pero la olvidó al sentir que Lucio le daba un fuerte apretón de mano.

Pasaron dos horas alimentando a las chanchas, y acomodando el cobertizo de los lechones. Antonio tenía la esperanza de que sus cerdos se salvaran de la enfermedad y produjeran una camada de lechones a mitad de año.

Cuando volvieron a la casa la lluvia seguía repicando. Don Pedro y sus dos hijos estaban sentados sobre sus propias sillas junto a la puerta. En la esquina ancha de la galería se veía a los hermanos Basileo y tres hombres más. Todos se

Quizá fue la desesperación, el aislamiento o un sentido de responsabilidad con la raza, pero decidieron ir directamente a la fuente del problema.

La observación les revelaba que los extraños no descansaban. Ya había dieciséis antenas desplegadas, y la actividad seguía constantemente. Los planetas habitados seguían en eclipse permanente. Se advertían signos de congelamiento en los océanos terrestres.

Entonces Etelvina dijo la frase que cambiaría todo. O quizá no, pero era lo más heroico que había intentado la humanidad en siglos.

—Ajusten los controles para el corazón del Sol.

El plan era desesperado. Tenía ínfimas posibilidades de funcionar. La *Exeter III* estaba operativa; era la única señal de radio modulada que quedaba en el espectro, además de ellos mismos.

La idea era abordarla y averiguar lo más posible sobre los extraños y sus planes, tratar de arruinarlos el proyecto, tratar de salvar a la humanidad. La órbita más rápida a ese destino era totalmente suicida. Por eso decidieron tomarla.

Si iban a morir, cuanto más rápido mejor. Una caída directa hacia el Sol, con los propulsores de la nave al máximo de potencia. Iban a quebrar todos los récords de velocidad humanos; lástima que no iba a quedar nadie vivo para admirarlos. Bueno, la humanidad iba a sobrevivir. Siempre lo hacía. Pero, a menos que tuvieran éxito, nadie se iba a enterar de su hazaña.

En la nave —era extraño— de repente surgió la calma absoluta. Se sentían liberados de todas sus tensiones anteriores. Parecían cinco budas; nunca se habían llevado tan bien. Incluso decidieron dejar de lado todos sus prejuicios y festejar su decisión suicida con una sesión de sexo grupal, que se repitió varias veces durante todo el viaje hasta el Sol.

Ya en el final del viaje, que se les hizo más corto que nunca, las antenas eran un enjambre; eran tantas que no podían contarlas. Casi tapaban completamente el Sol desde su punto de vista.

Las únicas que parecían realmente operativas eran las que mantenían a la raza humana bajo control. El resto estaba esperando algo, apuntando todas a un mismo lugar, entre las órbitas de la Tierra y Marte. Pero comprobaron que su plan, por ridículo que pareciera, tenía algo de sentido, porque en el centro de toda la actividad estaba la *Exeter III*; los ecos de emisión electromagnética delataban que era muy probable que todo se controlase desde ahí.

Una esperanza empezó a resurgir entre la tripulación. El plan, entonces, era detonar la nave fantasma. Iban a dejar caer su propia nave al Sol, y salir todos con sus trajes espaciales al encuentro de lo desconocido, en el punto en que pasaran más cerca.

En el momento crítico hicieron tan bien los cálculos que, luego de un breve vuelo espacial, apenas expul-

Pero nuevamente se equivocaban.

Lo que emitieron podrían haber sido microondas que esterilizaran la Tierra y la dejaran completamente deshabitada. Pero era simplemente la misma onda que habían usado en el *Exeter III*, que desconectaba y destruía todos los aparatos electrónicos. Eso, combinado con la oscuridad, era en efecto un arma temible pero no totalmente mortal. Aunque en poco tiempo empezó a serlo para los habitantes de las zonas más frías de la Tierra, que empezaron a congelarse rápidamente.

La gente en órbita tenía muy poco tiempo de vida por delante, a menos que pudiera reconectar los aparatos electrónicos, algo muy poco probable. Los de Marte y la Luna tenían reservas de oxígeno, pero en muy poco tiempo el frío empezó a ser preocupante.

En la nave, de repente dejaron de recibir las transmisiones desde la Luna. Con el radiotelescopio descubrieron muy pronto lo que había pasado; todas las emisiones radiales de la humanidad habían desaparecido. Con la experiencia de la nave *Exeter III*, sabían qué tipo de ataque podían haber usado los extraños. Sabían que ellos eran los únicos que no habían sido reducidos a una tecnología anterior al siglo 20.

Ahora la humanidad estaba realmente indefensa; era obvio que los extraños podrían haber extinguido la vida en el sistema solar de un solo golpe, pero ni siquiera se habían preocupado por eso. Simplemente

los habían empujado a un lado, para que no molestaran. La oscuridad producida por el eclipse artificial, si duraba mucho, podía causar la muerte de todos los habitantes de los planetas, pero eso iba a demorar bastante, especialmente en la Tierra y en Marte, que contaban con muchos medios independientes de la electrónica con los cuales podían llegar a sobrevivir.

Los astronautas no tardaron demasiado en darse cuenta de lo obvio. El destino de la humanidad estaba en sus manos. No sólo eso; si decidían no hacer nada, ellos mismos morirían apenas se agotaran todos los recursos de la nave y lo que pudieron rescatar del James Brown. Un año, según el cálculo más optimista.

Después de intensas deliberaciones decidieron que no podían quedarse esperando la muerte en el asteroide. Ahora estaban totalmente seguros de que nadie los iba a rescatar. Pensaron en ir a Marte, pero allí dependían demasiado de la tecnología y no la iban a pasar bien. En la Tierra, las cosas tampoco iban a estar bien. Los recursos eran limitados y, para cuando ellos llegaran, ya los poderosos de turno, o los nuevos poderosos surgidos de la crisis, o —más bien—, la ya conocida naturaleza humana, se habrían repartido todas las posibilidades de supervivencia. Además, la nave no estaba preparada para aterrizar en una superficie planetaria, y nadie iba a poder rescatarlos de órbita o de un aterrizaje forzoso.

pusieron de pie y saludaron con efusión a Lucio, y luego sin tanta gana a Antonio. Más de uno retuvo la respiración para no sentir el tufo de los cerdos. Nadie se había preguntado por qué Lucio no tenía ese olor si es que siempre trabajaba con Antonio.

Antonio miró la leve aureola que producía el sol sobre los nubarrones y supo que ya era hora de que los hombres entraran en la casa, así que invitó a pasar a los pocos que ya habían llegado.

Lo que vio dentro lo dejó anonadado. No era más su casa. Una serie de imágenes de su cabaña desfilaron frente a sus ojos. Su cocina con la barra de troncos, la mesa de madera hecha por su padre, las sillas fabricadas por él con troncos gruesos, el suelo de tierra, el fogón al fondo entre las dos habitaciones de la casa, la suya pequeña y la de Lucio amplia. Pero lo que vio era algo totalmente diferente. Era todo de metal.

Los hombres entraron sonriendo. Lucio seguía tomado de la mano de Antonio, que no sonreía. Lo que veía era el interior de un cubo perfecto con paredes, techo y suelo de metal. No había gente, ni muebles, ni comida. Los hombres fueron yendo de a uno hacia el centro del cubo, caminaban maquinalmente, con una amplia sonrisa en su rostro, y uno a uno desaparecieron con un fogonazo de luz.

Antonio no comprendía nada, no salía de su asombro. De repente notó que no tenía más la manita de Lucio presionando la suya, y vio que el niño estaba al otro lado de la habita-

ción cúbica. Sonreía. Una mujer estaba a su lado. ¿Cómo no la había visto antes?

—Lucito, ven con papá—dijo Antonio mientras se agachaba. Temía por la vida de su hijo, no quería que desapareciera en el fogonazo de luz como los otros. Pero algo le hacía sentir que esa mujer era especial, que era una santa.

—Soy Lucía—dijo la mujer—. Estoy en paz, ¿quieres estar tú en paz como yo?

—Papá. Ven con nosotros, es hora de volver a casa. Lucía nos vino a buscar—dijo Lucio.

Antonio no comprendía. Estaba aterrizado. Se levantó de golpe.

—Lucito, ven con papá. Hablemos acá.

—Antonio—dijo Lucía—. Sólo en la muerte encontré paz, y sólo en la paz del universo encontré la forma de volver a casa. Tuve que viajar mucho, vivir muchas vidas, y morir muchas muertes. Pero finalmente llegué a casa, y pude conseguir los medios para venir a buscar a mi pueblo.

Antonio vio de repente a Lucio frente a él.

—Papá. Yo soy el enviado del que hablaba la leyenda de don Miguel. Yo fui el portal que envió Lucía para poder llevarnos de vuelta a casa.—Antonio lo miró en silencio.—Ahora todo el pueblo no deberá morir para volver a casa. Muchos extraviaban el camino de ese modo; sólo Lucía logró llegar a casa. Ahora podemos ir por el paso que se abrió conmigo.

Lucía cruzó la habitación y se detuvo a un paso de Antonio. Lucio

estaba en medio de ellos. Ella estiró los brazos, lampiños y de piel tersa; Antonio le tomó las manos. Eran suaves y cálidas. Sintió que lo inundaba un sentimiento de paz, de bienestar y comodidad. Sonrió, y ambos se fundieron en un abrazo apretando

al pequeño Lucio entre ellos. Antonio sintió que toda su vida había anhelado ese abrazo. Sintió que al fin podía volver a verla. Se dejó ir. Estaba en paz, estaba en casa.

© MARTÍN CAGLIANI, 24/2/06



MARTÍN CAGLIANI (Buenos Aires —Argentina—, 1974)

Participa en el “Taller 7” de CCF. Estudió antropología e historia, y también guió de cine y de TV.

Dirige el proyecto *Enciclopedia Golwen* de literatura fantástica y la revista de cuentos homónima (<http://golwen.com.ar>).

Publicó cuentos en **Axxón** y en **Alfa Eridiani**.

indefensos ante una situación como la que vivían como lo habían estado en el siglo 20. Pero era demasiado tarde para lágrimas. Podían proteger a la Tierra de un ataque directo, podían intentar una defensa heroica de Marte y la Luna, pero no sabían exactamente qué pretendían hacer estos desconocidos en la órbita entre Mercurio y Venus que habían elegido como destino para sus envíos. Aunque nadie dudaba de que pronto lo sabrían.

Etelvina y su tripulación se quedaron en el asteroide James Brown; los extraños los habían olvidado completamente y parecía que la Empresa y la Tierra también se habían olvidado de ellos. Evidentemente, la acción principal estaba pasando a la órbita entre Venus y Mercurio, donde iban los millones de cilindros oscuros (90% carbónicos) que los robotitos estaban enviando.

La acción local había pasado a la órbitas de Júpiter y Saturno, donde parecía que se estaban reaprovisionando de carbono y de otras cosas, sacándolas de los anillos. El grupo de asteroides carbonosos ya había pasado a la historia.

Los astronautas, simplemente quedaron en un papel de observadores; tenían una antena y un telescopio apuntado a donde se estaban reuniendo los cohetes extraños, pero la fuente principal de su información era el observatorio lunar, más cerca del nuevo punto de conflicto. Así se enteraron de que los extraños estaban construyendo algo, desplegando planchas ultrafinas de un

compuesto carbónico de alta densidad. Los cálculos eran que con la cantidad de carbono que habían sacado podrían empapelar uno o más planetas del tamaño de Júpiter. Por eso nadie se extrañó cuando empezó a crecer un círculo, en la órbita más allá de Venus, hasta llegar al tamaño del triple del diámetro de la Tierra.

Un análisis más detallado, usando datos desde los tres puntos de vista disponibles —Tierra, Luna y Marte— reveló que era una antena parabólica doble; una apuntaba al Sol y la otra al espacio exterior. La primera conclusión, quizá tranquilizadora, era que los extraños simplemente deseaban comunicarse con su planeta de origen. Lamentablemente, estaban muy equivocados.

El error quedó demostrado cuando, con un movimiento digno de un prestidigitador, de repente las antenas fueron tres. La alineación original era una distracción, querían ganar tiempo, y ocultar que tenían otro objetivo, porque a una velocidad increíble (no tanto, si se consideraba que eran ultralivianas) quedaron alineadas para tapar la Tierra, Marte, y las bases humanas en la Luna y en órbita de los planetas.

De repente todos los planetas quedaron a oscuras. En muy poco tiempo, la oscuridad pasó a convertirse en algo mucho peor. La antena que apuntaba al Sol estaba tomando energía, y con ese tamaño, la potencia era enorme. Todos temían lo peor.

que desmayó a los humanos. El efecto de esta onda normalmente pasaría en unas horas, dejando sólo un dolor de cabeza en la víctima. Pero la falta de aire fresco los mató a todos mucho antes.

Poco después, los pequeños intrusos restauraron el funcionamiento de la nave, y salieron con ella a buscar el resto de las piezas.

Etelvina y su gente, luego de analizar la información, llegaron a la conclusión de que eran autómatas autorreproductores, primero fabricados por las *autofacs* mediante alguna modificación misteriosa de su programa original; luego, cuando adquirieron cierta masa crítica, tomaron la capacidad de autorreproducirse. Y ahora seguían, comiéndose los asteroides.

Todavía no quedaba claro para qué necesitaban tanto carbono; los robotitos eran claramente metálicos. Quizá estaban construyendo algo. La presunción más segura era pensar en algún tipo de arma. Redactaron un informe para enviar a la base de Marte, y siguieron la vigilancia mientras esperaban la respuesta. Habían pedido una intervención militar, pero sabían muy bien que jamás la mandarían. Las pocas *autofacs* operativas que quedaban estaban fuera de control; las otras se hallaban destruidas. Ya no había nada importante para la Empresa que valiese la pena rescatar.

Las dos naves y sus tripulaciones, ya lo sabían, eran totalmente descartables para la multiplanetaria. Para ellos, la mejor movida iba a ser

aguantar su posición desde Marte hasta evaluar mejor el peligro. Y los que evaluarían el peligro eran los astronautas bajo el mando de Etelvina. Carne de cañón.

Después de unos días de espera, donde lo único que había que hacer era monitorear las misteriosas actividades de los robotitos, empezaron a pasar cosas nuevamente. Una serie de cohetes salió desde la zona de mayor actividad extraña hacia el Sol. Empezó de a poco, pero eran cada vez más; una lluvia de proyectiles. Contenían un 90% de carbono.

Etelvina calculó rápidamente sus trayectorias. No pasaban cerca de ningún planeta; simplemente aparentaban estar destinados a una órbita más allá de Venus. Entre los proyectiles estaba la *Exeter III*; parecía que los extraños habían tomado la nave como su base de operaciones.

La Empresa había decidido esperar antes de iniciar acciones. De todas formas, la logística involucrada en interceptar los miles, luego cientos de miles, luego millones de proyectiles, era cada vez más complicada. Los sistemas de armamento estaban basados en la Tierra; la mayoría eran remanentes de la primera y segunda guerras frías, y por lo tanto la tecnología era algo anticuada. Estaban preparados sólo para ataques dentro de la Tierra; eran inadecuados para una guerra interplanetaria.

A pesar del gran desarrollo que había traído el monopolio de la Empresa a los viajes espaciales, ahora se daban cuenta de que estaban tan

ASHEGNEMÉ

SUE GIACOMAN VARGAS

I

—¡Es la última! —gritó Lubo, mi colega, dando saltos por encima de los contenedores; éstos hacían una pirámide asimétrica, obra sólo de un arquitecto ciego. El robot montacarga, así como las plataformas móviles, se deslizaron hacia atrás, alejándose poco a poco de la enorme compuerta de la nave. Lubo dio una orden a la computadora y se encerró en el área de carga. Me hizo una señal, indicando que se reuniría conmigo en un momento, y yo levanté mi mano en respuesta.

Me volví hacia Nil. Sus ojos grandes, redondos y negros me miraban expresivos, a pesar de que los gestos en el rostro de un boshegetio no son exactamente notorios. Eché un último vistazo a la nave, donde la mercancía yacía completa y lista para su viaje a Boca de Blac y entregué la portátil que tenía el documento digital de la entrega, por supuesto, con mi firma genética incluida. Alcancé a ver mi nombre escrito

en luz frente a mi nariz: Rezga Irvin Dolce, al momento que Nil revisaba por enésima vez los términos.

Me le quedé mirando.

No era la primera vez que estaba con él, pero nunca me cansaba de estudiarlo. Su piel azulosa parecía a simple vista carente de textura, como si fuese de plástico flexible. Era lampiño, como todos los de su raza, con una cabeza ovalada de quijada amplia. Sus manos, que siempre traía cubiertas por guantes, no tenían dedos, a excepción de un extraño pulgar. Me quedé mirando la protuberancia, que no escondía su razón evolutiva principal: asir objetos. Reflexioné que todas las razas con las que manteníamos tratos comerciales ostentaban algo parecido a un dedo pulgar, así como también se las habían ingeniado para andar erguidos. En este sentido, podría decirse que los boshegetios habían hecho trampa. Poseían una cola larga que daba la impresión de moverse a voluntad propia, que les servía de contrapeso. Las piernas hacían un

ángulo inclinado, imperceptible a simple vista. Los pies, si es posible tal analogía, comenzaban un poco más abajo de la pantorrilla, hasta torcerse en punta. Usaban un calzado que les cubría casi toda la extremidad y la ropa holgada de tonos claros hacía imposible ver algo más. La primera vez que Nil me dio la espalda tuve que reprimir una pequeña risita al ver el enorme agujero en la vestimenta, de donde salía la cola. Luego me sentí bastante estúpido por haberme burlado.

Nil abrió la boca, unos labios púrpuras grandes y carnosos, y dijo algo con sonidos guturales de baja frecuencia, apenas audibles. Me aseguré de traer puesto el traductor en la oreja, un segundo antes de que la máquina hiciera su trabajo, susurrando en mi idioma lo dicho por mi interlocutor.

—¿Y cómo va todo en el Imperio? Dicen que pasan tiempos difíciles.

No contesté. Tal vez porque percibí algo irónico en la pregunta. Lubo se acercó en ese instante, un poco agitado por la carrera.

—Mejor nos vamos —me dio unas palmadas en la espalda y a Nil lo saludó apenas con un gesto indiferente—; el puerto está abarrotado. Tardaremos horas en pasar la aduana...

—Ah, sí —comentó Nil, e hizo un pequeño aspaviento con su mano—; tienen mala suerte, hoy la Autoridad Intergalaxiana Libre y Asociada decidió hacer un cateo sorpresivo. Les recomiendo que esperen hasta mañana.

—¡Un cateo sorpresivo! —dijo Lubo—. Tal pareciera que les gusta vivir bajo el yugo de otros. ¡Tener que aguantar que la Asociación venga a hurgar en sus cosas! Eso les pasa por aliarse con la Intergalaxia...

—Te recuerdo que no nos dejaron otra opción —contestó Nil y me pareció que su boca se torcía un poco—. O me vas a negar que el altercado a Boca de Blac no era sólo una excusa para principiar una nueva guerra contra nosotros...

Entorné los ojos. Ninguno de los tres nos considerábamos realmente patriotas. Pero los comentarios de Lubo habían sido lo suficiente hirientes como para que Nil reaccionara en consecuencia. El nacionalismo se disparaba cuando los extranjeros se atrevían a criticar. Yo intentaba sacarle la vuelta a las discusiones. Mis experiencias interplanetarias me habían convertido en un tipo tolerante. Con Lubo llevaba apenas unos periodos trabajando y no estaba seguro de cuántas vueltas le llevaba por delante; sin embargo, la forma en cómo soltaba la lengua me hablaba de su inmadurez. Intenté calmar los ánimos.

—Si no tenemos más remedio que esperar hasta mañana, mejor nos hacemos a la idea —le dije a Lubo—. Asegura la nave y dale quinientas unidades al vigilante del hangar. Prométele que le daremos el doble mañana, si nuestras cosas permanecen intactas.

Lubo cumplió mis órdenes. Nil lanzó un suspiro por sus fosas nasales, mientras los orificios branquiales, situados en su cuello, hacían un

uno, algunos de esos pequeños y microscópicos objetos llegaron a la *autofac* más cercana, la 572, e iniciaron un lento recorrido hasta su procesador central. Poco tiempo después, el programa principal de la *autofac* era modificado para producir las mismas “monedas de I Ching” y enviarlas a otro asteroide desierto.

La llamada los alcanzó cuando estaban descansando en la estación de servicio. En realidad se llamaba asteroide James Brown, un pequeño planetoide donde las escasas misiones tripuladas podían descansar y reponer víveres o combustible. Habían detectado el mismo problema en cinco *autofacs*, y los enviaban a investigar allí también.

“Esto no me causa ninguna gracia”, repetía el piloto una y otra vez. Volvieron a la zona de las *autofacs*, y las recorrieron, buscando anomalías. Todo lo que encontraron fue el mismo sistema para sacar la producción “extra” a través de las etapas descartadas de los cohetes. Y en cada *autofac* la pieza era distinta, aunque siempre era aparentemente muy sencilla, como las monedas que ya habían descubierto. Mientras estaban en la última de las *autofacs* a investigar, recibieron la orden de seguir; habían descubierto el mismo problema en otros diez asteroides.

El piloto estaba insoportable, había dejado a su novia en una base en órbita alrededor de Marte y la extrañaba mucho. Los demás aumentaban su mal humor día tras día. Parecía que la misión no iba a terminar nunca; cada vez que pensa-

ban que volvían, tenían que seguir con nuevas investigaciones. Desde la Tierra prometían enviar refuerzos, pero la burocracia estaba deteniendo el envío. El primer oficial sospechaba que jamás iban a mandar a nadie; una expedición como la suya era muy cara como para repetirla. Además, nunca había voluntarios disponibles.

Un mes después de la fecha original de vuelta, todavía estaban trabajando en el cinturón de asteroides. Ya nadie soportaba a nadie dentro de la nave. Habían reunido miles de objetos, casi una docena de tipos de piezas distintas. Las tenían almacenadas en la bodega, apiladas sin orden, hasta que, en una inspección casual, Rodolfo detectó que algunos componentes estaban moviéndose. Llamó a los demás y lo confirmaron: no era la simple deriva de la gravedad cero y los movimientos de navegación; las piezas estaban acomodándose solas. Lentamente se estaban armando pequeños aparatos que resultaron ser una especie de robots.

Estaban discutiendo qué hacer —si pedir instrucciones a la central, si destruirlos, si sacarlos de la nave— cuando algunos de estos robotitos emitieron una especie de onda electromagnética que desconectó todos los aparatos de la nave, incluyendo los de soporte vital. El aire empezó a vibrarse rápidamente y la tripulación corrió a ponerse los trajes espaciales; algo inútil, porque tampoco funcionaban. De todas maneras, minutos después, los extraños aparatos emitieron otra onda electromagnética

jugaba al ajedrez, leía o miraba películas. Ahora, los que descansaban eran los demás, mientras él recorría las instalaciones revisando programas, observando el comportamiento de los robots, reseteando alguna que otra máquina. No había encontrado nada extraño, excepto por el hecho de que los embarques llegaban a destino con un 10% menos de peso que el correspondiente. Pero había comprobado que los envíos, antes de salir, pesaban exactamente lo que debían pesar. Ahora planeaba desarmar uno de los cohetes de transporte, para ver si estaban perdiendo material en vuelo.

Horas de trabajo junto con Claudio, el técnico de mantenimiento, habían dado resultado: el cohete era en varias etapas, que se iban desprendiendo en vuelo a medida que el material combustible iba gastándose. En una de las etapas habían encontrado varios kilos de monedas. Ellos les decían *monedas*, pero se notaba que eran piezas de algo; el análisis microscópico probaba que su estructura era compleja y que tenía conectores y una especie de circuito interno. Algo que jamás habían visto, que no se parecía a nada dentro de su experiencia técnica. Por fuera parecían monedas orientales, chinas, como las que se usan para el I Ching.

El fragmento de cohete estaba modificado; tenía un sencillo pero eficiente sistema de dirección. La conclusión: alguien estaba usando parte de la capacidad de la *autofac* para hacer sus propios componentes, y los sacaba escondidos en los

lanzamientos normales hacia la Tierra o Marte. Quién o cómo, todavía era un misterio. Pero Rodolfo podía descansar. El trabajo ahora pasaba a Ernesto, el piloto, quien había recibido la orden desde la Tierra de monitorear el próximo lanzamiento y determinar hacia dónde era dirigido el cargamento “ilegal”.

La tarea resultó sencilla. Siguiendo el camino de la etapa “perdida” del siguiente cohete, llegaron a un asteroide todavía no explotado, desierto hasta para los robots. Ahí encontraron dos envíos más, con monedas exactamente iguales a las que encontraron en el primer cohete.

Como era obvio, alguien planeaba pasar a buscar esos componentes, alguien que seguramente ya sabía de la investigación, o que —como mínimo— podría detectar la presencia de la nave, y que jamás aparecería cuando ellos estuviesen cerca. Caso cerrado. Ahora el trabajo era de la central en Marte. Las ventajas de trabajar en una Empresa multiplanetaria. Siempre había alguien a quien pasarle la pelota. “Vamos camino a casa”, ordenó el primer oficial.

Mientras volvían hubo una pequeña explosión en la *autofac* 303, que pasó totalmente inadvertida para la Empresa. Nada resultó dañado; sólo se esparció una suave neblina por el espacio, que fue diluyéndose, compuesta por pequeñísimos objetos, microscópicos, de una estructura cristalina compleja, y con capacidad limitada para algunos movimientos. A una velocidad que sorprendería a más de

leve movimiento, seguramente innato.

Tomé la portátil para hacer un enlace con mi superior, pues tenía que enterarlo de la situación. No le iba a gustar el retraso, más era preferible a enfrentar un cateo de la Asociación.

II

El puerto de Mulvia estaba lleno de hostales; muchos de ellos brindaban menos seguridad que la intemperie. Nil se ofreció amablemente en recomendarnos un buen lugar, e incluso nos acompañó hasta ahí.

La población era cosmopolita. Se veían mazutenses, boshegetios e ibvresinos por igual. Incluso me sorprendió un poco ver a un overdio bien vestido en un comedor al aire libre, rodeado por tres guardaespaldas biónicos. No había un solo humano alrededor.

Lubo apresuró el paso y se puso a mi lado.

—¿Cómo puedes confiar en él? —preguntó. Yo levanté la ceja y lo miré de reojo.

—No veo por qué no. Seguro que Nil está muy interesado en que permanezcamos cómodos y a salvo. Los tratos comerciales futuros podrían mermar mucho si el Imperio perdiera a dos ciudadanos en territorio extranjero.

—De hecho, me condenarían a muerte —interrumpió Nil, aminorando el paso para que los traductores hicieran su trabajo—. Ustedes son nuestros mejores clientes. Mi gente nunca me lo perdonaría.

—¿“Sus mejores clientes”? Es mucho decir —dijo Lubo con sorna.

—Bueno —recapacitó Nil—. Los terrestres consumen más ashegne-mé que ustedes, pero como los químicos adictivos son ilegales en la Tierra hay muchos problemas para abastecerlos. Por eso preferimos hacer tratos con el Imperio...

—No lo sabía —exclamó Lubo.

Yo tampoco, mas el dato no me sorprendía. Aunque los terrestres eran físicamente idénticos a nosotros, su organización socioeconómica era sumamente distinta. En lo concerniente a los alcaloides decían estar en contra del narcotráfico. Por supuesto, sus prohibiciones sólo incitaban a un consumo mayor, sin mencionar todas las irregularidades sanitarias a las que exponían a sus ciudadanos y la cantidad de unidades que se les escapaban por ahí: un negocio millonario desperdiciado.

Nos detuvimos en un hostel que parecía tan malo como cualquiera. Adentro, Nil se acercó a la recepción y habló con el dependiente, que era un boshegetio también. Me fijé que éste andaba en ropa más ligera, y que sus manos no estaban enguantadas, como las de Nil. Quise estudiarlo con más atención pero el tipo se retiró rápidamente. Sobre lo que dijeron no entendí ni media palabra. Sacudí un poco mi traductor pensando que se había descompuesto, cuando vi que Lubo hacía lo mismo.

—No se esfuercen —dijo Nil con medio cuerpo apoyado en la barra—, tenemos una multitud de lenguas y no todas están en los archivos universales.

—Esa falta de homogeneidad es sólo una prueba más de lo incivilizados que son —dijo Lubo y yo le di un codazo.

—Déjalo, Rezga —me tranquilizó Nil. En el mueble, el dependiente había dejado un par de tarjetas para acceder a los cuartos—. Obviamente Lubo está cansado y no tiene idea de lo que dice.

Tomé una de las tarjetas y se la entregué a mi compañero.

—Vete a dormir antes de que pierda la paciencia —le ordené.

Apenas nos quedamos solos, le ofrecí a Nil una disculpa, algo que sabía que apreciaría como era debido.

—Te invito un trago —le dije.

III

No consideraba a Nil mi amigo, aunque teníamos mucho de conocernos. Era un sujeto inteligente y estudioso. Yo, que sólo era el encargado de una nave comercial, me sentía algo empequeñecido cuando hablaba con él, aunque de buena manera.

A propósito de los comentarios de Lubo, comenzamos a hablar sobre la situación política entre nuestras razas. Un periodo antes, el Imperio había aceptado liberar a trescientos presos de origen boshegetio. Una reminiscencia terrible de la antigua guerra que habíamos sostenido con ellos.

—Mira —me dijo—. La mayoría de ustedes son ajenos a los crímenes cometidos; para los ciudadanos comunes la palabra “guerra” no tiene significado; la repiten sin pensar en conversaciones como ésta. Pero yo

tuve la oportunidad de hablar con algunos de esos presos y las cosas que cuentan...

Nil bajó la cabeza y no dijo más. Yo no insistí. Tras unos segundos, agregó.

—¿Quieres saber un dato interesante?

—Dime.

—Unos periodos después de nuestra rendición, el Imperio insistió en comerciar ashegnemé. Prácticamente es gracias a esta droga que mi pueblo ha podido recuperarse.

—¿No estás exagerando?

—De ninguna manera. El ashegnemé es la única razón por la que el Imperio se mantiene al margen; la única razón por la que tenemos paz.

Esperé un poco, mientras sorbíamos nuestras bebidas; un mishka frío para mí y un brebaje verdoso y espeso para él, servido en un recipiente con boquilla.

—Nunca te he preguntado esto —comencé con cierto recelo—. ¿Qué lugar ocupas entre los tuyos? Hablas de la situación económica, de tratados diplomáticos... De crímenes de guerra... y no como una persona común lo haría, sino como alguien que ha estado presente...

—Soy un *Tashá* —me contestó Nil, sin titubeos. La última palabra fue repetida por el traductor tal y como él la había pronunciado—. Descendiendo de un *Ishtashá* y por tanto con la obligación de encargarme de transacciones delicadas como movilizar ashegnemé...

—Disculpa, no comprendí... ¿“*Tashá*, *Ishtashá*”?

—Ah, ¿cómo te explico...?

muchas explosiones en pocas horas; los estaban haciendo pedazos. Se notaba que “algo” estaba reproduciéndose y usaba como “alimento” primero las *autofacs* y luego los asteroides.

Mientras tanto, el jefe de mantenimiento había logrado conectarse con las computadoras de la nave fantasma, y pudo bajar algunos vídeos de las cámaras internas, antes de que algo cortara abruptamente la comunicación. De esa manera pudieron reconstruir el final de la *Exeter III*.

Las vueltas de la vida habían llevado a Rodolfo hasta ese lugar desolado, abandonado por la mano del hombre. A su alrededor todo era metal brillante, liso, perfecto; luces demasiado brillantes, con reflejos en los lugares menos convenientes. Los pasadizos eran demasiado pequeños o grandes como catedrales. Ir de un lugar a otro era perderse con seguridad, si fallase en algún momento la navegación visual de su traje espacial. Había programado el *display* en modo “máxima visibilidad” o, como le decían en su profesión, “a prueba de tontos”.

Una enorme flecha color amarillo con bordes negros le indicaba la dirección hacia donde debía ir. El principal problema era que ese lugar no estaba diseñado para humanos. A su alrededor, como si él fuera un buceador de aguas claras, pasaban a toda velocidad cardúmenes de robots, ocupados como oficinistas en una gran ciudad del milenio pasado.

Para complicar las cosas aún más, Rodolfo estaba bastante mareado. Las pastillas no le habían hecho ningún efecto. No por eso iba a retrasar su investigación. Cualquier demora significaba quedarse más tiempo en esta piedra abandonada, suelta y flotando por el espacio. El hecho de que esa piedra fuera en un 15% oro y tuviera un 1% de diamantes, entre otras cosas valiosas, no lo entusiasmaba como para quedarse.

Cambiaría con todo gusto todos esos diamantes por algo que ahora le parecía mucho más importante: aire y agua frescos, en vez de esa espantosa cosa reciclada que salía de su traje. Cada vez que tomaba un trago tenía que obligarse a olvidar que, apenas unas horas antes, gran parte de ese líquido había pasado por sus riñones. Eso lo ponía de mal humor. Pero sus compañeros de misión no estaban mejor que él.

Nadie quería hacer un viaje de varias semanas al cinturón de asteroides para averiguar qué causaba esa baja de productividad en la *autofac* nº 303. Pero alguien tenía que ir. Y él era el experto. Los demás —el piloto, el técnico de mantenimiento, el primer oficial— estaban para apoyarlo en su investigación. Aunque en los papeles el primer oficial estaba a cargo de todo. “El que sabe sabe, y el que no sabe es el jefe”, como siempre repetía.

El viaje había sido muy aburrido. El único que tenía algo para hacer era el piloto, especialmente dentro de la zona de asteroides, donde la navegación era muy complicada. El resto

Etelvina entró al cinturón de asteroides pensando en hacer una escala en la estación de servicio. Fue imposible. El asteroide James Brown estaba arrasado. Desde la nave detectaron que lo único que se salvó fue la comida, ropa y algunos elementos de esparcimiento. Todo lo metálico y los elementos tecnológicos, así como todas las fuentes de energía, habían desaparecido. Decidieron no acercarse demasiado; parecía una trampa.

Siguieron adelante y pasaron por dos o tres *autofacs*, también arrasadas. Al mismo tiempo recibían informes de la Tierra: prácticamente todas las *autofacs* habían dejado de operar o por lo menos de comunicarse con sus bases. La situación parecía extremadamente peligrosa, y consultaron con la Empresa. La respuesta no pudo ser peor. Estaban discutiendo el envío de una fuerza militar, pero mientras tanto debían seguir investigando.

Etelvina pensaba; entre la demora burocrática y el tiempo de viaje, podían estar muertos y desintegrados en partículas elementales antes de recibir ayuda. Llamó a una reunión del personal a bordo y discutieron durante horas qué hacer. Todos, excepto el burócrata a cargo, o "primer oficial", decidieron volver.

A pesar de que no existía oficialmente la opción de votar un curso de acción, Etelvina tomó el mando de la expedición y se declararon en rebeldía. El burócrata parecía más contento que preocupado por perder el poder; no era una persona de acción y sabía que se enfrentaban a

algo demasiado peligroso para las escasas armas que llevaban a bordo. Lo mejor era huir. Pero ya era demasiado tarde.

La nave perdida, la *Exeter III*, se acercaba, y los sensores implantados en su tripulación seguían indicando que estaban todos muertos. La pregunta era, ¿quién o qué comandaba la nave? No era algo que desearan averiguar, pero si no hacían algo muy rápido, lo iban a saber pronto.

Luego de una serie de maniobras bastante arriesgadas, pudieron escapar de la nave fantasma. Decidieron tomar como base el asteroide James Brown. De paso podrían reaprovisionarse previendo la posibilidad de ser sitiados por la nave fantasma por mucho tiempo. Armaron un sistema de radares para poder vigilar su entorno. De esta manera comprobaron que, después de un par de días, la *Exeter III* volvía hacia la zona de los *autofacs*, dejándolos tranquilos momentáneamente.

Al mismo tiempo, descubrieron algo nuevo y todavía más preocupante. Había una gran actividad en varios sectores del cinturón de asteroides. Una observación cuidadosa les reveló que había enjambres de pequeños objetos moviéndose cerca de algunos asteroides carbonosos todavía inexplorados. Pero una análisis más profundo tuvo resultados perturbadores: faltaban asteroides. El misterio de qué les había pasado duró muy poco. Los objetos en enjambre estaban bombardeándolos, y vieron

Se tomó unos segundos.

—Los terrestres llaman a mi *padre* "empresario"; en otras culturas sería como un soberano que controla y administra un grupo de bienes materiales. Para ustedes no somos más que comerciantes, pero sin duda es una definición bastante pobre en comparación. Yo, como descendiente primogénito heredaré las responsabilidades que ahora tiene mi *padre*.

—¿Sí? —exclamé sin deseos de indagar demasiado. No lo voy a negar; tengo ciertos prejuicios hacia eso de los lazos sanguíneos. Incluso la palabra *padre* era un vocablo tomado de otro idioma, adoptado con el tiempo en nuestro lenguaje a falta de algo mejor o más exacto. Igual pasaba con otras palabras como *hijo*, *hermano*, *madre*. Se me revolvía el estómago de sólo imaginarlo. De todas formas, lo dicho por Nil bastaba para hacerme una idea—. Y ¿cómo es que te arriesgas así? ¿Cómo es que haces un trabajo tan insignificante como éste?

—No me estoy arriesgando. El puerto de Mulvia es territorio neutral y gran parte de la población es boshegetia. Otra cosa sería si las transacciones se hicieran en Boca de Blac; ahí sí que tendría que andarme con cuidado. En ese sitio uno muere y nadie se percata... Por otro lado, una entrega de esta índole es un asunto tan delicado que sólo yo podría llevarla a cabo. De hecho, me encargo de todas y cada una de las ventas de ashegnemé a extranjeros. Apenas termine con ustedes, tengo que ir a Ibvree... Será una travesía larga y pesada...

—¿Por qué tanta alharaca por el ashegnemé? Es sólo una droga como cualquiera.

—Amigo —sentí que sonreía, aunque en su rostro esto es difícil de definir—, es mucho más que eso. Lástima que no puedo ser más específico al respecto. ¿Alguna vez la has probado?

—No. Y prefiero no hacerlo. Tengo entendido que causa una terrible adicción, casi desde la primera ingesta...

—En organismos como el tuyo o como el de los terrestres... así es.

—Y ¿en organismos como el de ustedes?

Desvió la cara. Sus orificios branquiales se abrieron un poco; sus pequeñas fosas nasales exhalaban algo de aire. Lo vi meter la mano entre su ropa gaseosa, y puso sobre la mesa un pequeño frasco repleto de líquido azul. El famoso ashegnemé, del que estaban llenos los contenedores de mi nave en el hangar a unas cuabras de ahí.

—Sé que tu posición social te impide acceder a esta droga —dijo Nil y deslizó el frasco por la mesa hasta mi lado—; vamos, considéralo un regalo.

—Ya te dije que, si no la he probado, no es porque no haya podido. ¿Crees que no podría robarme un poco de la mercancía?

—No sé; ustedes en el Imperio son muy rectos...

—Somos rectos, no estúpidos.

Se encogió de hombros y se rió. Reír para un boshegetio es hacer un montón de succiones de aire, mientras una membrana transparente les

cubre los ojos. Tomé el frasco entre mis manos con el cejo arrugado, y por un momento vacilé, sopesando la idea de probarlo, mas de inmediato volví a mis cabales. Le devolví el frasco a Nil y éste lo guardó meneando la cabeza.

—Otra pregunta —dije y señalé sus manos—. ¿Por qué siempre estás cubierto?

Nil guardó silencio, como si el asunto requiriera de una profunda cavilación. Entonces se quitó los guantes. Observé sus manos desnudas; el color azul era más subido en la parte interior. En la punta de lo que sería un grupo de yemas definidas por pequeños círculos, el azul se volvía más claro, casi blanco. Mi interés debió notarse, pues Nil alargó el brazo con la palma abierta, y yo, con algo de recelo, le tomé la mano, estudiándola con mis dedos. La piel era suave, a diferencia de cómo había pensado, dada su apariencia plástica. Me extrañé de que fuera la primera vez que tenía contacto directo con la piel de Nil. Tanto tiempo conociéndonos, y nunca se había dado. Pero es que siempre estaba bien cubierto. Tras unos segundos me sentí complacido, frotándome contra aquella superficie tibia y aterciopelada. Levanté la vista y noté que Nil había cerrado los ojos... no la membrana transparente, sino el párpado superior, que lo privaba de visión por completo...

Lo solté. Permanecimos en silencio. Mi cerebro estaba adormecido. Me froté la cara y el asunto empeoró. No entendía lo que me sucedía. Algo se había disparado en mi

interior, causado por ese mínimo contacto...

—Rezga —dijo Nil, pronunciando con dificultad mi nombre. Murmuró algo que el aparato tardó un segundo eterno en traducir—, esto podría costarnos algo más que el sitio que tenemos en nuestra sociedad...

Comencé a respirar aceleradamente. En mi cabeza persistía la placentera sensación de tener esa piel azulosa contra la mía.

—Vamos a mi cuarto —exclamé sin pensar.

IV

En la puerta de mi habitación, la tarjeta de acceso tembló en mis dedos húmedos. Estaba fuera de mí. De haber sido consciente de mis actos, jamás hubiera arrastrado a Nil conmigo. La obsesión apenas me dejaba tener algún pensamiento, si es que es posible llamar así a las imágenes hambrientas que me pasaban por la cabeza. Aun así, cuando estuvimos dentro, me preocupó dejar la puerta cerrada. Habilité cada cerrojo del sistema, y cuando terminé, apoyé mi frente contra la pared, sintiendo mi sangre hervir; mi consciencia gritando un arrepentimiento vacío. El sudor, que había empapado ya mi cabello, se deslizó a gotas por mi cuello.

Nil me abrazó por la espalda, deslizando sus manos de terciopelo por debajo de mi ropa. El reiniciado contacto me embriagó de placer. Me quité la camisa ciego de ansiedad, viré hacia el bosheto y lo tomé del rostro. No podía definir mis deseos.

AJUSTEN LOS CONTROLES PARA EL CORAZÓN DEL SOL

FERNANDO BONSEMBIANTE

*Sólo los niños y los tontos
buscan causa y efecto
en el mismo cuento
(NASRUDIN)*

Un representante de la Empresa tocaba el timbre afuera del departamento de Etelvina Graiño, piloto. Ella flotó hacia la puerta y la abrió tocando un botón. "Tengo el triste deber de anunciarle que su novio, Ernesto Lamonade, murió en servicio, en una misión secreta". Firmó los papeles en estado de *shock*, como un autómatas, sin atreverse a preguntar nada. Ya sabía que el trabajo de un piloto es duro, y cuando se sale en misión siempre existe la posibilidad de no volver. Pero esas cosas siempre le pasan a otro. Fue hacia el puente de observación, donde unos grandes ventanales dejaban ver el espacio. Marte estaba del otro lado, en ese momento, y solamente podía ver las estrellas. Pensó que una de ellas era Ernesto, aunque no sabía ni la causa de su muerte ni el lugar.

—Qué casualidad; pensaba ir a visitarla —sonó una voz a sus espaldas. Era uno de los gerentes de Operaciones; algo sorpresivo porque en realidad era el jefe de su jefe, y era extraño que él quisiera comunicarse

directamente con ella—. Necesitamos voluntarios para una misión... —dijo y esperó la reacción de ella.

—Ya sé. Quiere que vaya a ver qué pasó con Ernesto.

—No. Yo no quiero nada. Es la Empresa. Queremos que pilotee la nave que enviaremos a buscar a la *Exeter III*, perdida en el curso de una misión.

—Ustedes lo mataron; lo mandaron, como siempre, con menos recursos que los necesarios, le exigieron demasiadas semanas de trabajo, no respetaron su descanso, y ahora, ahora quieren que yo vaya a sacarles las papas del fuego, que solucione los problemas de una Empresa que trató a la persona que amo como a una máquina descartable... —explo-
tó y se quedó callada.

—Muy bien, piloto, veo que entiende perfectamente la situación. Mañana a primera hora preséntese en Operaciones, donde terminaremos de definir los parámetros de la misión. Ahora descanse —dijo el burocrata y salió por donde vino.

había sido encerrada y sabía que todas las que estaban cantando con ella empezaban a saberlo o lo sabían hace rato o lo sabrían dentro de poco o de mucho, pero lo sabrían, y ése era el fin del maleficio. Toda cantadora era dueña de la voz que modifica, de la palabra que sacude.

“La puerta no tiene llave, la escalera está en buenas condiciones, el castillo es todo mío, aunque no lo he recorrido nunca”. Ahora todo era claro, ahora todo tenía sentido: su apetito voraz, su placer por los sabores y olores de la comida, su alegría al cosechar los productos de su propia huerta, de su propio jardín y alimentar con ellos su estómago y su vista, su gusto y su olfato, todo había sido como macerar una esencia, como combinar los ingredientes que quería incluir en la receta de sí misma y ahora se estaba entregando; estaba

siendo devorada, consumida, disfrutada por sus admiradores, sus *fans*, sus compañeras de luchas silenciosas, sus comprensivas vecinas de torres lejanas. Ésta era la vida que ella quería; ahora vivía, vivía toda y a su gusto.

“Papá y mamá murieron hace años. Y el dragón también”. Todos aplaudían a rabiar, todos gritaban y aullaban de placer. Las mujeres que formaban parte del público tenían un brillo distinto en los ojos que la habían mirado y una mezcla distinta dentro del cuerpo que había sacudido con jugos propios las palabras de su canción. Los hombres las miraron y sonrieron: pensaron que estaban más hermosas que nunca y que Violeta, no cabía duda, es lo más grande que hay.

© PAULA SALMOIRAGHI, diciembre de 2005

PAULA SALMOIRAGHI (Buenos Aires —Argentina—, 1969)

Profesora de lengua y literatura, es también traductora de francés. Ha publicado cuentos y poemas en revistas de papel y electrónicas argentinas, de Francia y de Bélgica.

Actualmente participa en “Los Forjadores”, taller literario virtual especializado en CF y fantasía, y es editora de sus antologías temáticas.

Sentí su cola recorriendo mis piernas, elevándose hasta mi ingle, sujetándose de la cintura. Sacudí la cabeza. Nil soplabla suavemente, susurraba; su aliento me llegaba... un aroma indefinible, dulce. La incertidumbre aún me hacía dudar. No sabía qué hacer con ese cuerpo; no tenía idea de cómo podría satisfacerme con él. Acerqué mi boca a los labios azules y los lamí tímidamente. El contacto fue como si me conectaran a un reactor: una ráfaga de energía pasó a través de mí en un segundo. Al boshegetio debió pasarle igual. Lo sentí tambalearse, sacudirse en un espasmo repentino. Lo sostuve con algo de dificultad. Volví a lamerlo, bajando por su cuello. El sabor de su carne me confundía... Nil me tomó de la cabeza y me guió de vuelta a su boca. Succioné sus líquidos salivales, como si me alimentara. Recorrí con mi lengua su interior desprovisto de dientes. Me fui torciendo sobre él, y Nil se dejó caer lentamente en el suelo. Lo encerré con mis brazos, sin dejar de beber. Con algo de problema acabé de desnudarme. Hice mi cuerpo hacia atrás, le quité a él lo que le quedaba de ropa, y me tomé mi tiempo para mirar la fisonomía extraña. Quería comprender de dónde venía la atracción, de qué forma funcionaba, si éramos criaturas distintas, si el contenido innato escrito dentro de nosotros no podía incluir un intercambio sexual como ése. Aunque, a decir verdad, no estaba seguro de que fuera sexo lo que en verdad deseaba. Me miré el miembro erecto... “Imposible”, pensé, “¿por qué...?”.

Volví mis ojos de nuevo al cuerpo tendido frente a mí. Nil era un muñeco de goma azul. Había un relente implícito en él, por debajo de la piel, que brillaba. No guardaba los rastros que describían una reproducción mamífera; no tenía tetillas, ni órganos sexuales, o —al menos— no a la vista. Deslicé mis manos entre sus extremidades, y encontré un solo orificio, muy pequeño, diminuto, situado justo debajo de la cola. Apenas lo toqué, Nil se estremeció; se hizo a un lado. Me acosté sobre él con cuidado, acariciando mi pene de arriba abajo. El corazón me latía con fuerza; no me hubiera sorprendido que Nil lo oyese. Nos tocamos por un rato, embriagados y dudosos. Ignoraba cómo lo haríamos, si es que en verdad había forma. Nil tenía arqueada la espalda, el párpado exterior apretado y la boca abierta, de donde salían gemidos inteligibles. Me erguí un poco, dejé mi pene cerca de sus labios; el boshegetio lo tomó entre sus manos y fue introduciéndolo en su boca con una lentitud aniquilante. El interior era húmedo, suave; los músculos se cerraron abrazando mi carne. La saliva, espesa y violácea, brotaba cada vez que me sumergía, como si bombeara un manantial inagotable; un lubricante que me llegaba por ósmosis hasta la médula; una droga terrible. Me llené de temblores, mientras todo el cuerpo me quemaba.

Tomé en las palmas el líquido que escurría y lo lamí como pude, chupándome los dedos, degustando su sabor dulzón y metálico, que me helaba al pasar por la garganta. Separé a Nil

y volví a prenderme de su boca. Bajo mi cintura, seguí masturbándome. La adrenalina me ahogaba. Cerca del clímax, le mordí el labio y degusté un poco de su sangre. Perdí por completo la razón. Mi miembro vomitó entre convulsiones y yo me aferré a Nil aún más, como una ventosa. Al término, me separé agotado, encorvado, jadeando de cara al suelo. Las imágenes y las sensaciones aún me llegaban vivas, recientes. El placer fortuito, absoluto, magnánimo y maldito a la vez...

—¿Qué acabamos de hacer? —exclamé muy bajo. Nil se acercó. Sentí sobre mi espalda su cuerpo tibio, la cola abrazándome por la cintura.

V

Al día siguiente dejamos el puerto de Mulvia sin mayores contratiempos. Lubo y yo estuvimos unos días en el espacio, como era normal, arreglando algunos detalles burocráticos y asegurándonos de que la computadora estuviera lista para encargarse del viaje mientras nosotros hibernábamos. Todo parecía en orden...

Excepto yo.

Intenté mantenerme firme, ocultar por todos los medios la experiencia que había vivido. Constantemente estaba distraído, soportando la necesidad de tener el cuerpo tibio de Nil contra el mío. Cuando dormía el sabor de sus líquidos me despertaba invadido de excitación y fiebre.

A unas horas de entrar en hibernación, repasaba con Lubo algunas coordenadas en el mapa espacial,

cuando llegó la pregunta que había esperado desde que dejáramos a Nil.

—¿Qué tienes?

Levanté la ceja y sin retirar mis ojos de los diagramas contesté.

—¿Qué tengo de qué?

Lubo hizo una mueca de molestia.

—No te hagas el imbécil.

Aclaré mi garganta y apreté los ojos. Mi silencio caló en el ambiente. A medida que los segundos pasaban me sentí diezmado. Tal vez no era tan mala idea confiarle a Lubo mi problema.

—No puedes ocultármelo —dijo con tanta seguridad que yo sentí mis piernas hechas gelatina—. Sé lo que hiciste. ¡Eres un maldito hipócrita!

Me quedé expectante, comprendiendo ahora que, lo que sea que Lubo creyera que me pasaba, estaba bastante alejado de la verdad. Lo dejé terminar.

—Tanto que me aconsejabas, tanto que insistías en que no lo probara, y ahora tú te volviste adicto. ¿Cómo vas a hacer para ocultarlo cuando nos analicen en casa?

—No lo sé —contesté siguiéndole la corriente. Jamás en mi vida había probado el ashegnemé. Me parecía insultante que Lubo creyera que había sucumbido a tal tentación. Sin embargo era preferible esto a cualquier cosa cercana a la verdad.

—Con suerte se eliminará de tu cuerpo, mas tienes que prometer no volver a consumir.

Qué gracioso. El subalterno reprimiendo al jefe.

—Lo intentaré, pero no es fácil.

los escenarios. Ella había envidiado ese lugar y había deseado, muy secretamente, el cambio de posiciones. Pero el miedo no es cosa fácil de derrotar y la vergüenza, la timidez y el pudor, el recato y el equilibrio, el ser razonable y el pensárselo todo cien veces, son formas del miedo, formas aceptadas socialmente, formas justificables y defendibles, pero miedo al fin, cagazo puro, julepe, zogaca, paúra.

Ahora que estaba cantando, ahora que se había subido a ese lugar sin pedirle permiso a nadie, ahora que nadie se reía de ella, que nadie podía resistirse a la magia de su voz, ahora ella pensaba en lo tonta que había sido por tener miedo. Lo pensaba pero sabía que no era tonta, sabía que toda esa carga en su voz se había alimentado con tantos años de lucha contra el miedo, de lucha paciente y dolorosa contra los que le

decían gorda boluda, gorda de mierda, gorda bigotuda, ridícula, desvergonzada, los que le decían que vivía en una nube de pedos, que no iba a crecer nunca, que era una vergüenza para la familia, que se dejara de pelotudear. A ella, a ella que era un mar de dudas y de temores, a ella que se asustaba de cada pasito que debía dar, a ella que le costaba tanto decidir todo, a ella había gente que la acusaba de fresca, de irresponsable, de perder el tiempo. ¿Qué dirían si la vieran ahora, si vieran ahí afuera todo lo que ella había estado produciendo en su interior mientras ellos se emperaban en criticarla? ¿Qué dirían? ¿Tendría sobre ellos también poder su voz?

No le importaba. O sí, pero no ahora.

Su canción decía: “Yo era una princesa y mis padres me habían encerrado en la torre más alta, más alta del castillo más lejano”. Ella lo decía y veía a miles de princesas con los ojos clavados en los suyos que entendían de qué estaba hablando. Ella lo decía y ya no era su historia; era la historia de miles de otras princesas que habían sido encerradas en torres antes y después de ella y de su canción. Miles de princesas que llegarían a ser gitanas cuando la canción terminara, miles que ya sentían el cosquilleo del cambio, que ya presentían el flujo que les subía por la garganta, la fuerza que les haría adorar a Violeta y, si podían, adorarse a sí mismas para siempre o cada vez que escucharan la canción, para siempre o hasta que logran cantar por sí mismas.

“Me cuidaba el dragón más feroz, más feroz del reino. ¿Qué cuidaba?”, lanzaba ella hacia la multitud y todas recordaban el aliento que las perseguía y las encarcelaba, las lenguas de fuego que las arrinconaban, las patas escamosas que les pisaban los tules y les arañaban las coronas.

“No hubo maleficio, hechizo ni pecado digno de castigar. No sé qué defecto tengo. No sé cuándo ni cómo ni con qué terminará mi cautiverio”. Por primera vez lo cantaba con toda su voz, moviendo toda la lengua y los labios, sacando pecho, levantando los brazos y por primera vez no era verdad. Sí sabía cuáles eran sus defectos y sabía por qué

tiempo delante del espejo poniendo y sacando pelos, pintándose y des-pintándose, encremándose, empol-vándose, masajeándose y girando para ver cómo lucía cada centímetro de su cuerpo. Hubiera sido gracioso, además de difícil: su cuerpo tenía una superficie tan desproporcionada que el solo hecho de querer recorrerlo con la vista por completo le daba cansancio.

Pensaba en todo esto mientras cantaba, pensaba en sí misma más que en la historia que contaba su canción o en los miles de ojos que se posaban sobre ella. Miles. Sobre ella que hasta ayer rehuía todas las miradas. Su superficie cutánea tenía suficiente espacio para todos. Sentía cada par de ojos clavarse en los repliegues de su carne. Le punzaban más los que se dirigían constantemente a una zona en particular, los que se fijaban como puñales en su cara, o en sus caderas o en sus tetas que se sacudían o en sus manos de dedos como morcillas que se movían según la melodía y parecían cañones que lanzaran flores sobre las miles de cabezas que se extendían a sus pies. Prefería las miradas que la abarcaban toda, las miradas que se le deslizaban por la piel como por toboganes de agua, que la recorrían ávidas por encontrar algún secreto, algún detalle que delatara la fuente de ese poder hipnótico que acababan de descubrir. Ellos y ella misma lo acababan de descubrir. Ella tampoco sabía que lo tenía. No lo sabía hasta que se subió al escenario.

Las leyendas viejas de su tribu hablaban aún del poder de las can-

tadoras, pero pocos creían en ellas y nadie las buscaba en sus pequeñas hijas, ninguna familia se sentía orgullosa de continuar la tradición. La vieja sabiduría que las narradoras aún transmitían a escondidas, los cuentos originarios, decían que en cada generación había una o varias cantadoras con el don. Podía pasar que los tiempos no fuesen propicios o que la cantadora no tuviese maestras que la guiaran o simplemente que no surgiera su poder a la vista de todos sino que queda reservado para unos pocos. Es cierto que Violeta dudó cuando el cantante de su banda favorita bromeó invitando al público a encontrar entre ellos a la cantadora de su generación. Pero fue sólo un segundo, un segundo de duda y luego una decisión que la hizo trepar a gatas al tablado y estirar su mano para que quien terminaba de cantar le pasara el micrófono. Luego no hubo dudas; su voz se extendió sobre todos y nadie desconfió, nadie vaciló. Todos repitieron su nombre que pasó de boca en boca y se transformó en el ulular general.

Siempre había cantado, también es cierto, pero cantado como canta cualquiera en la ducha, en la cocina, bajito por la calle, sin llamar la atención, casi como rezando o como pidiendo disculpas, con la cabeza gacha y el pecho ahuecado hacia adentro. Y cantar así era como no cantar. Ella había sido de las que gritaban nombres en los recitales, de las que devoraban con los ojos las bocas y los cuerpos de los cantantes y de las cantantes que se subían a

—Sólo con verte me doy cuenta. Me sirve de escarmiento por si un día se me ocurre probar ese maldito líquido.

Unas horas después, mientras nos preparábamos para entrar en las cápsulas de hibernación, una duda me pasó por la cabeza. Lubo programaba la computadora para que nos despertara en unas mil horas más o menos, cuando Boca de Blac estuviera cerca.

—¿Cómo lo supiste... cómo supiste de mi adicción?

Lubo me lanzó una mirada confusa. Contestó.

—¿Además de las señales fehacientes como la sudoración constante, el mal genio y la forma en como te tiemblan las manos todo el tiempo?

—Eso sólo te llevó a algo más. No creo que te atrevieras a acusarme de drogadicto con pruebas tan vanas.

Lubo sonrió encogiéndose de hombros.

—Bueno, también analicé tu orina. Tenía que estar seguro.

Las palabras me explotaron en los oídos.

Fui hasta el puente de mando.

Utilizábamos la palabra ashegnemé con tanta facilidad. Era una palabra boshegetia, seguramente derivada de algún dialecto que no estaba en nuestra base de datos. Había supuesto que era el nombre de la planta de la cual extraían la droga, o el apelativo de la síntesis resultado de un proceso químico. Ahora sabía que no.

Intenté enlazarme con la nave de Nil. Guardaba la esperanza de que sus tripulantes aún no entraran en hibernación. Tuve suerte.

La imagen holográfica del jefe de comunicaciones de la nave boshegetia me saludó amablemente. Tras todas las formalidades, me apresuré a preguntar por Nil. Me lo comunicaron en unos segundos.

—Es muy pronto para que volvamos a hablar, Reza.

Yo daba vueltas por la habitación.

—¿Qué significa ashegnemé?

Me pareció que me miraba confundido mientras respondía:

—Es la droga azul que nos compran...

—¡No! —Azoté mi puño en la mesa de control. Estuve a punto de romper el tablero, algo que hubiera lamentado bastante.

—Cálmate por favor...

—¿Qué significa?

—Estaré en Ibvree dentro de mil doscientas cincuenta y tres horas. Encuéntrame ahí...

—¿Cómo piensas que lo haré? ¿Crees que puedo ir a donde me plazca? ¿Crees que soy un Tacha o como sea que se diga igual que tú...?

—Un *Tashá* —me corrigió.

Perdí la paciencia.

—¡Me jodiste!, ¿te das cuenta?

—Dime a dónde vas.

—A Boca de Blac.

—Te veré ahí.

Terminó la comunicación. Me dejé caer en el suelo. Sentía la necesidad cada vez más fuerte, y mirar a Nil de nuevo sólo agravó mi situación. Lubo entró en ese instante.

—Todo está listo para la hibernación —dijo. Intenté que mi semblante fuera calmo, mientras en la garganta crecía un desierto que me drenaba por dentro.

VI

Pensé que la hibernación sofocaría un poco mi necesidad. En vez de eso, desperté sabiendo que había soñado con Nil, que había revivido una y otra vez mi encuentro con él.

En Boca de Blac cumplí mis obligaciones como un autómatas, virando constantemente alrededor, con la esperanza de ver al boshegetio al doblar la esquina. Lupo no decía nada, pero me miraba con sospecha. Estaba al borde del cataclismo, corriendo hacia mi perdición sin poder hacer nada para evitarlo.

Mientras preparaban la nave para la siguiente transacción, a Lupo y a mí se nos asignó una habitación para descansar. Lupo sugirió ir por unos tragos. Rechacé la oferta sin pensar.

Recorrí el camino hacia mi cuarto despacio, deseoso de que Nil se apareciera en cualquier momento. Mis esperanzas se habían esfumado cuando al fin distinguí a un sospechoso extranjero, cubierto de arriba abajo por un abrigo largo con capucha. Una cola azul asomaba por momentos moviéndose cual serpiente en la arena. Corrí hacia él y me detuve a unos pasos.

—¿Nil? —pregunté inseguro.

La figura encapuchada afirmó con la cabeza. Sonreí invadido por la emoción. Le hice una seña para que me siguiera. No podía llevarlo a la

habitación que me habían asignado. No era prudente.

Lo conduje a un suburbio subterráneo, donde no era necesaria más identificación que una cuantiosa cantidad de números. Escogí el cuarto más escondido que encontré, y ahí nos metimos. Tras asegurar la puerta sosegué mi deseo de abrazarlo. Nil, mientras tanto, se quitó con calma el abrigo que lo cubría. Tenía la membrana transparente cubriéndole la mitad de los ojos negros y grandes.

—Nadie sabe que estoy aquí —dijo—. Mi padre se volverá loco de rabia cuando sepa que he abandonado mis obligaciones.

—¿Te importa?

—No —susurró.

Me pasé la mano por la frente, recogiendo el sudor que me coronaba.

—¿Sabías que pasaría esto? ¿Eras consciente de la reacción que tendrían nuestros cuerpos...?

—No del todo. Los prisioneros de guerra... ¿recuerdas lo que te conté?

Afirmé con la cabeza y me mordí los labios.

—Me habían advertido —siguió Nil—, me habían pedido que guardara mi distancia... Algo pasa cuando nuestras hormonas se mezclan, algo químico...

—Por eso la ropa excesiva, y los guantes...

—Sin embargo, nunca imaginé que sería de esta magnitud... nunca imaginé... que yo lo sentiría también...

Apreté los puños con una mueca. Mi necesidad de tocarlo crecía a cada momento.

LA CANTADORA

PAULA SALMOIRAGHI

Cuando se llevó las manos a la garganta, cuando palpó con sus dedos incrédulos el paso del aire cargado de poder que salía de ella, cuando vio su efecto en quienes la escuchaban, supo que un cambio radical se había producido en su vida: su única fuente de placer ya no serían los platos de hongos apetitosos, de verduras refritas y de semillas e insectos gratinados: se había transformado en una cantadora profesional. Sintió que los sonidos vibraban en su interior y salían por su boca inundando el ambiente de melodías y de palabras que modificaban las expresiones, las miradas, las posturas corporales. Los que la rodeaban ya no veían a la gorda de pelos erizados, ya no veían su cuerpo acostumbrado a recibir y recibir alimento sin jamás soltar bocado, sino que recibían de ella una catarata de historias cantadas que tenían la virtud de crear imágenes fabulosas en las mentes. Su garganta, su boca, su lengua, sus labios, sus pulmones, su abdomen, su pelvis, sus extremidades, adiestrados como recipientes,

ahora emitían, cantaban, mostraban, exhibían, entregaban en bandeja, en pentagrama, en escenario, en concierto, lo que durante tanto tiempo se había macerado en su interior.

"Violeta, Violeta, Violeta", gritaban los espectadores. Le costó reconocer en estas tres sílabas machacadas con pasión, con fanatismo, por tantas bocas babeantes de delirio, el nombre ridículo que le había puesto su madre. Siempre se habían burlado de ella por ese nombre, además de por otras tantas cosas. Los chicos de la escuela le decían que era violeta, que se ponía violeta de tanto tragar, de tragar sin respirar; le decían que más que una violeta era todo un ramo y de la metáfora vegetal derivaban hacia insultos tan creativos como cardo, cactus, ortiga, ombú o palo borracho (alusiones poco veladas a sus piernas sin depilar). Inútil argumentar que a nadie más que a ella le incumbían los detalles de su belleza o de su fealdad. Nadie entendía que a ella no le gustaba estarse todo el

sobre Carlos. Al mismo tiempo, tambaleándose de lado a lado, apareció Fredy por la puerta del garaje con un tablón en la mano, con el que golpeó duramente al maltratador en la cabeza. En ese momento sonó un disparo. Todos dimos un salto, y la escena se paró. Me temí lo peor. Vi la cara de Sonia descompuesta, sacó su mano de entre su cuerpo y el de Carlos llena de sangre. Luego un ruido sordo en el suelo al caer el arma.

Después, como en cámara lenta, Carlos dio dos pasos atrás. Una mancha oscura iba creciendo por encima del estómago. Bajó la vista en esa dirección, y luego la levantó de nuevo mirando a Sonia. Cayó hacia atrás, a plomo, aunque ya estaba muerto antes de llegar al suelo.

La escena recuperó su velocidad normal ante mis ojos. Fredy dejó caer el tablón, Pilar se levantó corriendo a abrazar a su marido. Sonia se quedó de pie, parada, mirando al que le había hecho la vida imposible todo aquel tiempo, como si no se creyera

que todo se había terminado. Pude ver en sus ojos la sombra del alivio, y también me acerqué a ella para dejar que se refugiara entre mis brazos.

—Venga —le dije al oído—, salgamos de aquí. Hay que llamar a la policía.

De esto ha pasado poco más de un año. Hace meses que le he pedido a Sonia que se case conmigo, pero ella prefiere que dejemos las cosas como están, aunque vivimos juntos.

Fredy y Pilar ya eran mis amigos incondicionales antes de que ocurrieran los hechos. Pero parece que éstos nos han unido aún más, si cabe. Los considero mi familia, y Sonia también se desvive por ellos, pues no olvida todo lo que hicieron.

Yo sigo saliendo al balcón a fumar y a mirar las vidas de los demás, en lo que dura el cigarrillo. Pero ya no le doy la importancia que le daba en el pasado.

© DAVID MOÑINO BERMEJO, 2006

DAVID MOÑINO BERMEJO (Madrid —España—, 1973)

Actualmente vive en Valencia, y desde 1991 ha trabajado como programador. Escribe desde los catorce años, pero fue sólo en 2006 cuando se decidió a hacerlo “con el objetivo de publicar, y no de guardar cosas en un cajón”.

—¿Qué es el ashegnemé, Nil? ¿Qué es esa cosa con la que nos drogamos?

—Sangre boshegetia —contestó desviando la vista, como si sus palabras lo avergonzaran.

Sí. Todo encajaba ahora. Fui hasta la cama y me senté sobre el colchón. Él se acomodó sobre mis piernas. Su olor me embriagó de inmediato.

—Te deseo —le susurré—. Ya no te dejaré ir. No volverás con tu gente.

Me abrazó con la cola. Este gesto me hizo pensar que lo aceptaba.

Nos tendimos en la cama, acariciándonos como antes, buscando aplacar la excitación. Llegué al clímax en dos ocasiones, pero mi libido no se satisfacía. De alguna manera ya no era suficiente...

Y de pronto... no pude evitarlo más...

Subí hasta su vientre. Por vez primera, vislumbré con claridad el instinto, el que me había llevado la primera vez a la intimidad.

Abrí la boca... y lo mordí.

El succulento sabor de su carne magra me llenó el paladar. Nil gritó mi nombre e intentó defenderse. Tuve que sujetarlo mientras se sacudía con fiebre. Lo escuché lamentarse con esa voz subterránea que poseía. Un torrente de líquido azul empapó las sábanas. No me importó. Seguí avanzando, hundiendo mis dientes dentro de él; con mi mano sofocué sus gemidos. El cuerpo de Nil fue debilitándose, hasta que dejó de moverse. Una parte de mí era consciente del asesinato, mientras que la otra, ansiosa y voraz, me empujaba a seguir. La sangre acuosa fluía incontrolable y yo me llenaba la boca con sus vísceras. El placer de su carne superaba todo lo que había vivido hasta el momento. Los músculos aún palpitaban, se deshacían en mi lengua...

Y el hambre no se extinguía... por más que me alimentaba.

© SUE GIACOMAN VARGAS, julio de 2006

SUE GIACOMAN VARGAS (Estados Unidos Mexicanos, 1977)

Diseñadora gráfica de profesión, forma parte de “Taller 7” y de “Los Forjadores” y también es dibujante.

Vive en la ciudad de Torreón, en el Estado de Coahuila (México).

Poco después de que éste fuera su primer cuento de CF seleccionado, publicó un relato en **Axxón**, por lo que los lectores ya están al tanto de su capacidad literaria. Seguramente, no va a ser el último en **NM**.

EL SOLDADO DESCONOCIDO

MIGUEL Á. LÓPEZ MUÑOZ

El Soldado Desconocido bajó su arma y comprendió que todo había terminado. Miró a su alrededor, a los rostros ensangrentados de los que hacía tiempo habían sido sus compañeros, sus camaradas, y se lamentó de que la revuelta hubiera tenido que recurrir a la violencia. Rió por lo bajo. Él, miembro distinguido del Ejército de la Paz Mundial, entrenado para matar con cada aliento, para hablar con los dedos, se lamentaba de llevar a cabo lo único que sabía hacer.

Él y el resto de los sublevados avanzaron entre los cuerpos y encontraron al fin el que estaban buscando. El Dictador.

El Dictador estaba en una posición extraña, una que el Soldado Desconocido no había visto antes en cadáver alguno. Como si quisiera escapar pero una especie de fuerza interna, de orgullo elevado, se lo hubiera impedido. Como si morir y dejar de dominar el mundo fueran sinónimos para él. Lo observó con atención, al igual que el resto de los traidores, y

no vieron en él más que un hombre. Un monstruo en acciones, en palabras, pero sólo un hombre en presencia y en carne.

Recordó odiarlo con todas sus fuerzas desde que era pequeño. Él, que había llevado las sombras al mundo, que se aprovechaba de sus carencias para ejercer su dominio. Él, que había creado un infierno después del infierno, que había conseguido la enemistad de todos los pueblos, de todas las razas, todas las culturas.

El Soldado Desconocido trató de recordar cuándo se alistó en su ejército y con qué motivo. Fue incapaz de hacerlo.

Ya no importaba. No habría más Ejército de la Paz Mundial, no habría más torturas sutiles, no habría más cacerías de parias, no más hecatombes de neutrones. La pesadilla había acabado, y el Soldado Desconocido, al igual que los otros que junto a él se alzaron contra su amo, había dejado de pertenecer a ella.

Sin embargo un peso oprimía su pecho. Como si hubiera algo que

dé parado momentáneamente sin saber qué hacer, y con el miedo atenazándome la garganta—. ¡Pasa ya, joder! ¿Quieres que me la cargue o qué?

Escondí el cuchillo lo mejor que pude, por si me sirviera para algo después. Luego entré y pude ver el panorama. Pilar estaba sentada, gimiendo en el sofá, probablemente pensando que Fredy estaba muerto. Sonia se encontraba sentada en una silla, con el labio roto, del que aún manaba algo de sangre que se iba limpiando con la manga de su blusa. Carlos estaba de pie, junto a ella, apuntándola en la cabeza con uno de esos revólveres diminutos que había visto muchas veces en la tele.

—No se te ocurra hacer ninguna gilipollez o me la cargo la primera —me dijo acercando el arma a la sien de Sonia—. Siéntate en el sofá con tu amiga.

Hice lo que me dijo, con mucho cuidado de no cortarme con el cuchillo que había escondido dentro de mi pantalón, en la espalda. Quise decirle a Pilar que Fredy sólo estaba inconsciente y no muerto, pero no podía ni hablar. Observé la situación con detenimiento, la disposición del comedor, por si se me ocurría algo. Había tres puertas más en aquella sala, que era a su vez una especie de distribuidor de la parte inferior de la casa. Una de esas puertas daba a un cuarto de baño, la otra a una de las habitaciones, y la otra se abría a cuatro escalones que bajaban al garaje. Él se encontraba de espaldas a esta última, junto a Sonia. Me di cuenta de que yo no podía hacer nada.

Me fijé en Carlos. Tenía la cara descompuesta, como de loco. Me di cuenta de que a él mismo la situación se le había escapado de las manos. Estaba muy nervioso. Le temblaban las manos. Me pregunté cómo acabaría todo aquello, y el miedo volvió a mí en forma de pequeñas descargas de adrenalina, con mayor fuerza, si cabe, cada vez que pensaba que los nervios de aquel cabrón le fueran a hacer que se le escapase algún disparo.

—Carlos —le dije intentando aparentar tranquilidad y confianza en mí mismo—, no te compliques más la vida. Esto podría quedar sólo en un susto y ya está. Vete y no diremos que te hemos visto.

—¡Cállate! —me increpó—. ¿Te crees que soy gilipollas? Me he cargado a tu amigo, y ahora tengo que rematar la faena.

—Hijo de puta... —dijo Pilar en un susurro.

—Tú sí que eres una puta —contestó Carlos—. Sois las dos unas zorras. Sois todas unas zorras. No se puede confiar en vosotras. Se os da todo y así nos lo pagáis...

—Carlos, por favor... —intentó calmarlo Sonia.

—¡Cierra la boca! —Le propinó otro golpe que la hizo caer al suelo desde la silla. Sonia se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar. Yo no podía aguantar más la situación y me puse de pie sin saber muy bien con qué intención.

—¡Ni se te ocurra! —me gritó apuntándome con la pistola. Luego todo pasó de repente. Sonia se levantó gritando de rabia y se abalanzó

no quise descolgar a ver si había línea, por si me llamaban en ese momento.

No sé cuántos cigarrillos me fumé esperando. Tuve que echar mano de la reserva, y el primero me supo a rancio. Quién sabe cuánto tiempo llevaba ahí, en el cajón, aquel paquete. Los minutos se hicieron horas, y aquella ventana seguía sin luz. Temí lo peor.

Descolgué el teléfono y marqué el número de Fredy y Pilar. No contestaban. Cogí las llaves y salí de casa como alma que lleva el diablo, lo más aprisa que pude. El ascensor no llegaba.

Cogí el coche y lo puse a toda. Tardaba unos diez minutos en llegar a casa de mis amigos, en condiciones normales, pero aquéllas no eran condiciones normales. Lo puse a todo lo que daba, y tuve la buena, o la mala suerte, según se mire, de no toparme con ningún policía.

Cuando llegué al adosado de mis amigos, vi luz en las ventanas. Aparqué el coche y me dirigí hacia la puerta. Tenía el corazón retumbando en el pecho y los oídos. La puerta estaba abierta, pero entornada, como si hubieran tratado de cerrarla de un portazo y del rebote no hubiera conseguido cerrarse. Supe que algo iba mal. Es más, supe que él estaba allí.

Me quedé de pie delante de la puerta, planeando mi estrategia, pensando qué podría hacer yo contra aquella situación, frente a la que me habían prevenido prácticamente todos los que me conocían. Tuve miedo, pero me obligué a superarlo y

abrí la puerta rezando para que ésta no hiciera ningún ruido. Lamenté no haberme parado a coger algún arma; un cuchillo o lo que fuera.

Al abrir la puerta me asaltó una imagen que no olvidaré nunca: Fredy tumbado en el suelo boca abajo. Me agaché rápidamente y le tomé el pulso; estaba vivo. Di gracias a Dios, pensando que aquel cabrón sólo lo había dejado inconsciente.

La cocina estaba a mi derecha. No oía ningún ruido, pero sabía que estaban en la casa. La luz del comedor, al fondo del pasillo, se filtraba a través del cristal con filigranas de la puerta doble que lo cerraba. Probablemente estaban allí, pensé. Volví a rezar mentalmente para que no le hubiera hecho nada a las chicas.

Me levanté despacio y entré en la cocina. Mientras lo hacía, repasaba mentalmente su disposición, pues tenía la luz apagada y no quería tropezar con nada. Me dirigí hacia el cajón donde guardaban los cubiertos, y palpando suavemente me hice con el cuchillo que en aquel momento me pareció más grande. Por suerte los cajones estaban bien engrasados, pero aún así lo dejé abierto.

Respiré hondo y comencé a dar cortos pasos hacia el comedor, cogiendo con fuerza aquel cuchillo, y sin mirar a Fredy más que por el rabillo del ojo. Me juré a mí mismo que aquel cerdo pagaría su fechoría.

Entonces cometí el primer y único error: mi figura se veía a través del cristal biselado, y él me estaba esperando.

—¡Pasa al comedor, gilipollas! —me increpó desde dentro. Me que-

puiera hacer, algo que pudiera remediar. Dejó su arma en el suelo y se acercó a los balcones de la torre del Dictador. Se quedó por un momento quieto, mirando al infinito, viendo caer la eterna nieve sobre los campos, como un fluido y pausado Ragnarök.

Estuvo mucho tiempo allí, y para cuando se dio la vuelta los otros ya se habían ido. En muchos de ellos se veía una sonrisa, la liberación de sus almas, la furtiva sensación del deber cumplido. El Soldado Desconocido los envidió y bajó la vista, afligido.

Fue entonces, más o menos, cuando dicen que tuvo la idea.

Recordó que faltaban apenas tres días para el día de la colecta anual. Dicho día fue instaurado por el Dictador con el propósito de recaudar bienes de todos los ciudadanos del mundo, como un gran tributo. Los objetos más valiosos debían ser entregados al Dictador so pena de muerte, y nadie —ni enfermos, ni ancianos, ni bebés, ni desposeídos— era excepción alguna a tal regla. La dureza de los tiempos que corrían hacía que fueran entregadas todas las posesiones que no eran de primera necesidad. Los niños perdían sus juguetes, los adultos sus aficiones. Todos sus recuerdos sentimentales.

El Soldado Desconocido era un niño cuando esta costumbre entró en vigor. Perdió a su osito de peluche, su nave en miniatura, su balón de fútbol cero-g. Fue el último día que lloró en su vida. No dejaría que algo así volviera a ocurrir. No era

mucho, pero aquélla sería su aportación.

Rastreó la fortaleza ártica del Dictador hasta que encontró unos gigantescos almacenes situados muy por debajo del nivel del suelo. El silencio era abrumador cuando encendió las luces de emergencia. Allí, distribuidas y clasificadas, estaban todas las pertenencias confiscadas a lo largo de más de veinte años de opresión, el eco del pasado de los hombres, desplegados hasta mucho más allá de lo que el Soldado Desconocido alcanzaba a distinguir a simple vista. La idea del Soldado Desconocido era devolver todos aquellos objetos a sus legítimos dueños, tarea para la que tardaría años, tal vez décadas, en llevar a buen término. Pero no se echaría atrás. Era su objetivo y lo cumpliría hasta las últimas consecuencias.

Para sus planes contaba con el vehículo personal del Dictador, un eficiente carro de combate volador que podía plantarse en cuestión de horas en el otro extremo del planeta. Por fortuna para él, los saqueos no habían sido demasiado concienzudos y lo encontró bajo llave en su hangar, en perfecto estado. Con un certero disparo de su arma destrozó el candado y lo sacó para realizarle unas cuantas modificaciones. Le extrajo todas las armas y empleó un día entero en instalarle cuatro motores delanteros para otorgarle mayor velocidad. Cuando hubo acabado comprendió que no era tanto que a los otros rebeldes no les interesara el vehículo en sí como que no quedarían tener nada que ver con ninguno

de los objetos personales de aquel al que habían servido con vergonzosa lealtad.

Fue por eso que nadie se molestó en buscar en las cámaras privadas del Dictador y pasó por alto aquello que el Soldado Desconocido pensaba que era sólo un rumor sin fundamento.

Sólo era un prototipo, apenas usado, pero —como pudo comprobar— funcionaba a la perfección. Una máquina del tiempo. Para avanzar o retroceder apenas unas horas, más que suficiente para resultar de gran utilidad a los perversos planes del Dictador. Si éste hubiera llegado a ella a tiempo, antes de ser abatido, le habría bastado con retroceder apenas unas horas y aplastar el motín, antes incluso de que hubiera empezado. Una perla de sudor frío cayó por su frente y suspiró aliviado. El Soldado Desconocido comenzó a comprender que en aquellos momentos era el hombre con más recursos sobre la faz de la Tierra. Podía, si era astuto y taimado, convertirse a su vez en un nuevo Dictador. Pero la ambición no anidaba en el corazón del Soldado Desconocido, sólo la culpa y la necesidad de reparar el daño causado, de modo que —una vez hubo aprendido a manejar correctamente la máquina— la aprovechó para su objetivo principal. Tras otro día de duro trabajo la incorporó al vehículo volador, de manera que el vehículo y sus ocupantes podían viajar varias horas en ambos sentidos del tiempo. Aquello, concluyó, haría que su acción tuviera trascendencia global.

El último paso, que le llevó milagrosamente sólo un día, pues no podía permitirse perder más tiempo en ello, fue hacer una clasificación de los objetos que había que entregar y sus destinatarios. Tras mucho pensarlo decidió que toda persona del mundo tendría alguna clase de regalo. No quería que hubiera vencedores ni vencidos; aquella acción iba más allá de las batallas, la crueldad, la recompensa o la venganza. Estaba por encima de los defectos humanos, por encima de él mismo y sus propias opiniones. Es por eso que usaría las pertenencias confiscadas de aquellos que ya habían muerto para repartirlas entre los que aún no habían nacido entonces. Un sencillo cálculo en términos de natalidad y mortalidad le hizo asegurarse de que no sólo nadie se quedaría sin sus veinte regalos, sino que habría suficientes como para poder dejar mínimamente satisfecho a todo el mundo.

Hubo un momento, a lo largo de la clasificación, en el que el Soldado Desconocido se permitió un momento de pausa. Fue cuando encontró sus propias pertenencias confiscadas. Allí estaban, entre otras cosas, su peluche, su nave espacial y su balón de fútbol cero-g. Parte del dolor en su pecho cedió, como si le hubieran quitado un peso de encima, pero sabía que debía continuar. Debía quitar ese mismo dolor del pecho de los demás.

Sacó de la base de datos el censo del Dictador, preparado para el día de la colecta anual, y subió en el vehículo los primeros regalos. A

guardia había firmado la orden de alejamiento.

La tercera noche lo vi entrar en su casa con dos fulanas. Sé que lo eran porque eso se ve a distancia, por muy tópico machista que parezca. Además, los tres empezaron sus juegos sexuales sin ningún pudor, sin cerrar la ventana, en su salón. No me apetecía ver aquel espectáculo, así que me metí dentro de casa y cerré la ventana. Era mejor no darle detalles a Sonia, así que yo no le conté nada de lo que veía.

Los días siguieron pasando, y una de las veces que fui a verla me di cuenta de que me seguía un coche. Quise cerciorarme, así que paré en una gasolinera, compré tabaco, y seguí mi camino. Me estaba siguiendo. Pensé automáticamente en Carlos. Así que decidí no ir a casa de mis amigos. Me fui hacia mi casa, y cuando llegué cogí el teléfono.

—¿Diga?

—Hola, Pilar; soy Rafa.

—Hola, Rafa. ¿Hoy no vienes? Habíamos pensado en pedir unas pizzas.

—¿Tienes delante a Sonia? No quiero que se entere de lo que tengo que decirte —dije rápidamente.

—Espera un momento —me contestó.

Oí que se movía y esperé unos instantes.

—¿Qué pasa Rafa? ¿Hay algún problema?

—Creo que sí; me han estado siguiendo esta tarde. Por eso no he querido ir —le contesté—. No sé si era Carlos o alguien de su parte.

—Tienes que llamar a la poli, Rafa.

—¿Y qué les digo? ¿Que me han estado siguiendo?

—Pues sí, eso mismo —me contestó.

—No van a hacer nada sin pruebas o algo que lo confirme.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó Pilar.

—No lo sé; a lo mejor llevarla a otro sitio.

Pilar no contestó, y al cabo de unos instantes le pregunté.

—¿Sigues ahí?

—Sí, sí, Rafa, perdona. Estoy pensando... —me contestó, y pude oír el tamborileo de sus dedos sobre una mesa. Debía ser el aparador de la entrada—. Tengo que hablar con Fredy. Luego te llamamos.

—No le digáis nada a Sonia, por favor. No quiero que se ponga más nerviosa.

—Descuida —contestó.

—Vale, hasta luego.

—Adiós, Rafa.

Yo no quería que Sonia se preocupara, pero a mí los nervios me estaban matando. ¿Y si ya sabía dónde se escondía? ¿Y si les pasaba algo a mis amigos? No me perdonaría nunca el haberles metido en esto. Pero ya estaba hecho.

Me encendí un cigarrillo y salí al balcón. Al menos si veía que Carlos estaba en casa... Pero no había luz en la ventana. Miré el reloj. Aún faltaban algunas horas para que llegase. No me aparté de la terraza, observando aquella ventana y el portal de la calle, por si volvía.

Entré varias veces a la casa, para comprobar que el teléfono estuviese bien colgado, mirando el móvil;

—¿Sueles venir por aquí? —traté de cortar el hielo.

—Hace mucho que no. Por eso te he traído. ¿De qué quieres hablar-me? —fue directa al grano.

—¿Por qué no quieres denunciarlo?

Ella suspiró, miró a otro lado. Se frotó las manos, nerviosa.

—Es muy complicado... —empezó.

Buscó en su bolso y sacó un paquete de L&M. Se encendió un cigarrillo. Yo observaba aquel proceso tratando de ser paciente. No quería presionarla; al menos había accedido a hablar conmigo. Me pareció una chica tan dulce... Sentí que mi conciencia empezaba a limpiarse al estar con ella.

—Mira, yo no soy de aquí. No tengo a nadie, más que a Carlos. Por lo demás estoy sola. ¡Estoy sola! No me deja trabajar, así que dependo de él para todo. Y... —empezó a llorar intentando contenerse—, ni siquiera tengo amigos.

—Comprendo..., pero tienes que hacer algo. Un día de estos te dará un mal golpe y...

—¿Y qué? —me cortó—. ¿Me matará? Estoy deseando que llegue ese día. No sabes lo que es.

No sabía qué decir. Después de estar allí con ella, de haber conseguido que accediera a hablar conmigo, no sabía qué decir. Lo importante era no dejar de hablar.

—Yo puedo ayudarte.

—¿Cómo? Vaya a donde vaya me buscará, y es capaz de matarte a ti también. No sabes lo que estás diciendo.

—Sí que lo sé.

—¿Por qué te interesas por mí? —preguntó de repente—. Ya sé, te doy pena. ¡Pues no necesito dar pena a nadie! —Trató de levantarse, pero la cogí del brazo.

—¡Siéntate! —le dije—. Por favor. No puedo soportar ver cómo te zurra ese cabrón. Y voy a ayudarte, te guste o no.

Se sentó abatida. Se quitó las gafas y pude ver los moretones. Se echó las manos a la cara y empezó a llorar desconsolada.

—Te lo agradezco, pero no puedes ayudarme; nadie puede.

Yo tenía un nudo en el estómago, pero había tomado una decisión, y la iba a llevar a cabo.

—Haremos lo siguiente, y escúchame bien. Lo primero que harás es denunciarle...

Le conté los pormenores de mi plan y empezamos a llevarlo a cabo.

Habían pasado tres días desde aquello. Sonia le había denunciado; luego la llevé a casa de unos amigos, Fredy y Pilar, en el pueblo de al lado. Les dije que sólo serían unos días, hasta que todo se resolviera. Realmente me demostraron con eso que eran grandes amigos.

Yo hice vida normal. De casa al trabajo, del trabajo a verla y comprobar que estaba bien, y luego otra vez a casa. Vigilaba su ventana, por si veía algo fuera de lo normal. Me había hecho ilusiones de que lo estuvieran, pero la justicia no funciona tan bien en este país. Hace falta algo más que una denuncia para encerrar a esta gentuza. Al menos el juez de

las doce de la noche se ajustó su rozizo uniforme del Ejército de la Paz Mundial y subió en el vehículo volador. Antes de irse pasó por los astilleros. Como esperaba, había combustible de reserva suficiente como para dar la vuelta al mundo cientos de miles de veces, si así lo necesitaba.

Tardó toda la noche sólo en hacer la primera entrega, dejando los regalos junto al árbol monumento presente en toda casa desde la gran escasez de la flora, volando de un extremo a otro del planeta, pues el censo estaba en orden alfabético y por tanto las distancias no estaban optimizadas. Sin embargo no tenía tiempo ni necesidad de reordenar la lista. Empleó la máquina del tiempo incorporada en el vehículo y retrocedió hasta las doce de la noche de nuevo, listo para la segunda entrega.

No tardó mucho en darse cuenta de que entregar todos los regalos le llevaría, con suerte, la vida entera, y por otro lado hubiera sido un objetivo irrealizable, de no ser porque la población mundial había disminuido en gran cantidad en los tiempos de la dictadura. Cada cierto tiempo para-ba para comer y dormir, y durante décadas su vida fue un eterno viaje nocturno, una persecución de un sueño de incierto final.

Cincuenta años después, el Soldado Desconocido realizó las últimas entregas. Era tan viejo que una larga barba blanca, que no tuvo tiempo ni de afeitarse, le crecía hasta más allá del negro cinturón del uniforme. Es-

taba mortalmente cansado, pero satisfecho. Se tumbó junto al vehículo y se durmió para no despertar jamás. Dicen que el frío ártico de la fortaleza del Dictador conserva su cuerpo en perfecto estado.

Apenas unas horas después de la muerte del Soldado Desconocido, a miles de kilómetros de distancia, un niño de diez años despertó asustado a su padre. Insistía en que había visto horas antes a un hombre de rojo merodear por la ventana, y que se había ido a la cama pensando que era un sueño.

—Sería un oficial del Ejército que estaba de guardia fuera —dijo el padre dándose la vuelta.

—Pero papá —insistió el niño—, el salón está lleno de objetos envueltos...

El padre, pensando que habían entrado en casa, se levantó a toda prisa, pensando que suficiente suerte había tenido por conservar una casa todos esos años. Recordó a su esposa y pensó que tal vez sería mejor para ella que ya no estuviera entre ellos.

Cuando bajó encontró junto al árbol monumento, que tenía forma de abeto, cuarenta paquetes envueltos para regalo. Veinte eran de su hijo y los otros veinte eran suyos. Allí estaba su caña de pescar, su foto en la nieve con su hijo y su esposa y su colección de canicas, entre otros recuerdos perdidos. Los regalos de su hijo eran, igualmente, todo lo que había tenido que entregar a lo largo de los años, además de unos cuantos juguetes extra.

—¿Cómo era el hombre que viste? —preguntó el padre, nervioso.

—Tenía barba blanca y traje rojo, y se marchó volando en un trineo. Papá —preguntó el niño con inocencia—, ¿hoy es algún día especial?

—Sí, hijo —dijo el padre con lágrimas en los ojos—, hoy es Navidad.

© MIGUEL Á. LÓPEZ MUÑOZ, 2006



MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ (Madrid —España—, 1981)

Licenciado en ciencias matemáticas, empezó a escribir hace unos seis años con el género negro, pero sus favoritos son la ciencia ficción y la fantasía.

Publicó en revistas como **NGC 3660**, **Golwen**, **Alfa Eridiani**, **Efímero** y **Qliphoth** (en un par de ellas como colaborador estable) y, mientras buscaba hacerlo en **Axxón** —donde ya apareció—, **Miasma** y **Necronomicón**, fue seleccionado para el segundo número de **NM**.

Bajé las escaleras despacio, abatido, y escuché la sirena de los coches de policía. ¿Qué explicación iba a darles? Pues todas; se las di todas. Uno de ellos subió, y bajó al cabo de unos minutos. Se dirigió hacia mí.

—Si no denuncia no hay nada que hacer —dijo el agente.

—Lo lamento —dijo otro, palmeándome la espalda.

Me quedé sin habla, observándolos mientras se iban en sus coches de la ley, ya sin hacer oír sus sirenas.

Subí a mi casa. No quise ni cenar. ¿Quién me mandará a mí meterme en asuntos ajenos? Me sentía fatal. Y todo por una sonrisa.

Pasaron unos días, y yo seguía sin asomarme al balcón. Cada vez que en el telediario salían noticias sobre mujeres maltratadas, cambiaba de canal. Cada vez que intentaba hablar del tema con mis amigos o con mi familia, obtenía las mismas respuestas: *déjalo*, decían unos; *no es asunto tuyo*, *no te metas en líos*, me decían otros.

Pero para mí se estaba empujando a convertir en una obsesión. Sólo pensaba en pagar a aquel cobrador con su propia moneda.

El caso es que yo seguía en mis trece, sin asomarme, pero no me lo quitaba de la cabeza. Solía pasar por delante del súper, y la veía de vez en cuando, pero no pasaba de ahí.

Uno de los días la vi con una muleta. Ése fue el resorte que me hizo des-

pertar a la realidad de la situación. Mi mente y mi educación se rebelaban contra aquello. Decidí abordarla.

—Hola, Sonia —le dije desde el coche.

—Hola..., como te llames —contestó ella, sin siquiera pararse.

—Me llamo Rafa.

—Pues hola, Rafa.

—¿Te apetece tomar un café?

—Lo siento, no puedo.

Me asombró la naturalidad con que lo dijo.

—Venga, sólo serán diez minutos. Tengo que hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar. No me conoces.

—Sí que te conozco —le dije.

—Por favor, no me hagas esto —contestó deteniéndose—. Si me ve hablando contigo...

—Sé que ahora está trabajando y no te verá —decidí lanzarme al ruedo—. Venga, sube al coche. Iremos donde tú quieras.

No esperaba que lo hiciera, pero se subió. Colocó la muleta en el asiento de atrás y se abrochó el cinturón. Hizo un gesto de dolor al volverse, parecía nerviosa.

—¿Conoces la calle Molinete? —me preguntó.

—Sí.

—Hay un bar, Casa Adolfo.

Me dirigí hacia allí. No cruzamos ni una palabra durante el trayecto. Ella miraba por la ventanilla, y yo le echaba una ojeada de cuando en cuando.

Aparqué y nos bajamos del coche. Entramos en el bar y ella eligió una mesa del fondo. Yo pedí un cortado y ella una tónica.

—Déjalo, Carlos, por favor.
—¿Es que no ves que me dejas en evidencia? Sonia, Sonia..., ya hablemos en casa.

Pensé que era un nombre precioso.

—No hay nada de qué hablar —contestaba ella—; sólo es un vecino.

—Has coqueteado con él.

—No es cierto, cariño.

—No eres más que una puta.

—Carlos, por favor, aquí no... —le dijo en voz más baja.

Ese cabrón... Cada vez que me acuerdo se me enciende la sangre. Pero no podía ni moverme. Estaba con la botella en la mano, disimulando, mirando otras botellas del estante que no recuerdo ni de qué eran. Dejé pasar el tiempo, mientras los oía alejarse, para no cruzarme con ellos en la caja.

Me puse más colorado que las cajas de tomate de la frutería. Me descubrí temblando, aún no sé si de vergüenza o de rabia. ¿Cómo puede haber gente tan ruin? ¿Qué coño hacía la tal Sonia con ese tío? Sólo acudía a mi mente una palabra: inexplicable.

Cuando llegué a la caja ellos ya se habían ido. Quise darme prisa en llegar a casa. Corrí. Corrí pensando que no llegaría a tiempo, pues ya sabía lo que le esperaba a la pobre chica en cuanto llegaran. Dejé la compra en la encimera de la cocina y salí al balcón a toda prisa. Allí estaban, discutiendo. Y al final vi cómo le soltaba otra hostia como la del otro día. Cómo me dolió... La culpa entró en mí como un huracán traidor y des-

controlado. Me así a la barandilla con fuerza, y quise tirarme de cabeza cuando vi que aquel cerdo, con cara de loco, se agachaba con el puño cerrado para asestarle otro golpe, bajando el brazo como una maza.

Toda la rabia surgió de mi garganta como un terremoto inmundo y mortal.

—¡Para, cabróon! —grité con todas mis fuerzas—. ¡La vas a matar! ¡Paraaa!

De nuevo el *climalit* debía estar ahogando mis palabras. No vi que la gente que pasaba por la calle mirara hacia el balcón. Entré y cogí el teléfono.

—Emergencia, ¿dígame?

—¡Dense prisa, la mata, la mata! —dije desesperado.

—Tranquilícese, señor. Dígame la dirección.

Creo que les di la calle, y el número, y mis datos. Todo lo decía lo más rápido que podía, atropellándome a mí mismo. Y cuando colgué, él ya salía por el portal.

Me lancé a la calle. Entré en el portal y subí las escaleras corriendo. Toqué a la puerta; más bien la aporreé.

—¡Sonia! —grité de nuevo—. ¡Sonia! ¿Estás bien?

Una voz, gimoteando, me contestó desde el interior.

—¡Vete! —le oí decir—. ¡Esto es por tu culpa! ¡Vete o llamo a la policía!

Si me hubieran clavado un puñal en el pecho, y me lo hubieran retorcido dentro, no me hubiera dolido mucho más. Sentí desesperación. Quería ayudarla, pero no me dejaba. *Al menos está viva*, pensé.

POR LAS MALAS

DAVID MOÑINO BERMEJO

Aquella noche, como todas, salí al balcón a fumarme un cigarrillo. Todos tenemos algo de *voyeur* dentro de nosotros, y yo no iba a ser menos. De vez en cuando, y entre calada y calada, miraba en las ventanas de la finca de enfrente, o en la de mi izquierda, o en las de las fincas de la calle principal. Veía diferentes escenas de la vida cotidiana, como en un *Gran Hermano* cualquiera, pero de verdad.

En una de las ventanas veía a una vecina cosiendo, con gafas, a la luz de una bombilla; en otra, a un señor, sentado en el sofá, con el pijama ya puesto, cambiando de canal en el televisor. Incluso había alguna ventana cuya persiana cerraban, quizá porque alguien se iba a cambiar de ropa, o simplemente se iban a dormir.

Aquella noche vi lo que ocurría en el tercero de la finca de enfrente, justo al otro lado de la calle. Hacía poco que había estado lloviendo y el ambiente se había vuelto fresco y limpio. Yo ya había terminado mi ci-

garrillo, pero me quedé aspirando el aire, que llegaba con aromas de tierra mojada. Vi al vecino que entraba en el portal, y vi al momento cómo se encendía la luz. No tuve que esperar más que unos minutos para observar cómo se sentaba en el comedor, y cómo su mujer le servía lo que parecía ser la cena. Le dio un beso. Cogió el tenedor y probó lo que había en el plato.

Es curioso el *climalit*. No deja pasar ni un solo ruido y tampoco deja que salga. Es por eso que no pude oír lo que se decían, pero no me hizo falta; una imagen vale más que mil palabras. Me bastó con ver la cara que puso él, y cómo tiraba el tenedor sobre la mesa, con rabia, y cómo llegaba ella a su lado y le decía algo, con actitud servil. Él se levantó tirando el plato, y ella intentó recogerlo diciéndole algo más. Entonces él le pegó aquel bofetón que la tiró al suelo.

Me quedé parado, cogido de la barandilla del balcón, con el corazón desbocado y los nudillos blancos por

la fuerza que hacía contra el hierro. Aquella hostia me había dolido casi tanto como a ella.

No la vi levantarse. Sólo lo veía a él, que seguía imprecándola y gesticulando con los brazos. Y así estuvo unos segundos más, que a mí me parecieron horas.

Pensé que, si lo veía repetir la agresión, llamaría a la policía. Pero se dio media vuelta y se fue. Oí el portazo, incluso a través del *climalit*. Luego lo vi salir a la calle, y escuché perfectamente la palabra "puta" salir de sus labios, sin otro ruido que la camuflase.

Miré otra vez a la ventana. Ella se había levantado y recogía el plato que había tirado su marido. Incluso desde aquella distancia, pude ver el temblor de sus manos. Mi corazón volvió a su ritmo normal, pero el acelerón había sido sustituido por un nudo de indignación en el estómago. Sentí pena por ella.

Fumé otro cigarrillo y me fui a dormir sin volver a mirar a esa ventana. No sé si por vergüenza, o porque pensé en aquel momento que esas cosas ocurren, y que no eran asunto mío.

Al día siguiente no volví a pensar en el suceso. Lo había olvidado por completo. Pero por la tarde, después del trabajo, y antes de subir a casa, pasé a comprar al súper. No tenía ni una miserable barra de pan, así que compré una y algo de embutido.

En la cola de la caja me di cuenta de que la mujer que tenía delante era ella. Iba ataviada con un vestido largo hasta los tobillos, un pañuelo

en la cabeza, y unas gafas de sol que tapaban, sólo parcialmente, un moretón debajo de su ojo izquierdo. Supe de inmediato que era consecuencia de aquella hostia que nos había dolido a los dos.

Aún tenía a dos señoras delante, así que me armé de valor y la saludé.

—Buenas tardes —le dije.

Ella me miró e intentó algo parecido a una sonrisa.

—Buenas tardes. ¿Le conozco de algo?

—Eh..., nos hemos cruzado en la calle alguna vez. Somos casi vecinos —improvisé.

—Ah —contestó ella.

Giró y siguió en lo suyo sin darme más importancia. Tengo que reconocer que eso me dolió un poco. Decidí dejarlo pasar. A fin de cuentas, ¿qué iba a ganar yo con aquello?

Salió mientras yo pagaba mi compra. Me paré a encenderme un cigarrillo para que no pensara que la seguía, que no lo hacía, pero como íbamos los dos hacia la misma calle...

Al llegar a casa me hice el bocadillo, y recuerdo que lo disfruté, mientras cambiaba los canales en la tele. Pensé en si alguien me estaría observando desde algún balcón, como hacía yo cada noche después de cenar, y miré hacia la ventana. Se cree el ladrón que son todos de su condición, como decía mi abuela, y con ésas me entró una especie de paranoia que duró cerca de treinta segundos. Me eché a reír.

Aquella noche, algo más tarde, salí a fumarme el pitillo de rigor. Vol-

ví a posar mi vista en la vida de los demás, al menos unos minutos, lo que dura un cigarrillo. Pero los ojos se me iban a la ventana del tercero de enfrente, sin poder ni querer evitarlo. Aún no tengo decidido si la estaba buscando a ella o a él.

Apareció él. Vestido con una toalla que apenas le tapaba nada, recién salido del baño. La dejó caer al suelo, sin darse cuenta de que alguien observaba al otro lado de la calle. Ella llegó con un plato que puso sobre la mesa, y él la cogió de la cintura bruscamente y la sentó en sus rodillas. Esa noche, él tenía otra clase de apetito.

Ella se giró de repente, y me pareció que me miraba. Pude ver su cara triste, y sé que me vio, porque se levantó cogiendo a su marido de la mano. Se lo llevó a la habitación, supongo, porque los perdí de vista. Pero ella me había mirado o, mejor dicho, me había visto mirar.

El cigarrillo se había consumido con apenas una calada, así que me encendí otro. Pero la noche era clara y no me apetecía seguir mirando las ventanas de los demás. Habían perdido toda su emoción; ahora sólo me interesaba una.

Me fui a dormir, preguntándome con que soñaría.

Amaneció, que no es poco, y la vida despertaba un nuevo día para mí. De nuevo el trabajo, una comida rápida, y luego más trabajo. A las siete a casa, y no iba pensando en el coche más que en la cena, con el hambre que tenía. Me quedaban un par de latas de calamares en salsa ame-

ricana, pero sin pan..., como que no pasan.

El caso es que tenía miedo de ir al súper, por si me la encontraba allí, como el día anterior. Sin darme cuenta, había momentos del día en que sólo pensaba en aquella hostia, "la" hostia, y me sorprendía tocándome la mejilla como si la hubiera recibido yo.

Al entrar en el súper la vi, con una cesta verde en la mano, el mismo pañuelo en la cabeza y las mismas gafas de sol. Me crucé con ella en uno de los pasillos, y nos sonreímos. No me di cuenta de que él estaba allí, y para colmo se había fijado en el intercambio de sonrisas. Me sonrojé sin saber por qué.

Los supermercados son el puro reflejo de nuestra sociedad desarraigada, donde cada uno de nosotros es un mundo. Cada uno con sus problemas, sus necesidades, sus miedos, sus inquietudes... Comprar un *pack* de seis latas de Coca-Cola, mientras piensas en el partido del sábado, en el caso del joven independizado; o qué le harías en la cama al carnicero mientras te corta las chuletas al peso... Yo no era menos, y sólo pensaba en cómo aquella chica estaba cambiando mi vida, sin sospechar cuánto la cambiaría aún en el futuro.

Cada uno siguió con lo suyo. Decidí comprar una botella de Coca-Cola, de esas de dos litros, para pasar los calamares, y al otro lado del pasillo oí cómo la bronqueaba por lo bajo.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te codeas con los vecinos?